ALFONSO TRUEBA

AVENTURERO SIN VENTURA

(Gastón de Raousset)

(2a. Edición)



Editorial Jus, S. A. México, D. F. 1957

Primera Edición.—2,000 ejemplares.—México, 1954.

Segunda Edición.—3,000 ejemplares.—Editorial Jus, México, 1957.

Impreso en los Talleres de la Editorial Jus, S. A., Plaza de Abasolo 14, Col. Guerrero,
México 3, D. F.

Hombre de imaginación y de energía extraordinarias, Gastón de Raousset quiso hacer de su vida una novela, y lo consiguió; no le faltó ni el epílogo, a un tiempo trágico y heroico.

Justo Sierra.

HACE CIEN AÑOS, *México era un país cuya posesión los aventureros se jugaban a cara o cruz en cualquier taberna de California.*

No había Estado, es decir, no existía una fuerza capaz de mantener unida a la sociedad y de dirigirla a sus fines.

El territorio nacional era, de hecho, res nullius, *cosa de nadie.*

Los mexicanos, humillados por las derrotas, desmoralizados, habían llegado a la conclusión de que eran una raza incapaz de gobernarse a sí misma, de modo que su bien sólo quedaría garantizado bajo un tutor extranjero.

México estaba desintegrado, física y espiritualmente.

Es entonces cuando la resaca de la inmigración de la Alta California arroja a las playas de Sonora a un perseguidor de oportunidades de gloria y fortuna: el conde Gastón de Raousset.

La vida de este personaje serviría de tema a una novela apasionante; su ambición y su desdicha, el sueño que soñó y la muerte que vino a encontrar, forman la tela sobre la que podría bordarse una romántica narración.

Pero ésta no es una romántica narración, ni el conde Gastón de Raousset su protagonista o antagonista, sino un relato histórico en el que el desventurado aventurero comparece como testigo y da fe del desastre de un pueblo.

El nos dirá cómo fue posible que un grupo de invasores tan insignificante que en cualquier país más o menos organizado sólo habría representado un caso de policía rural, pusiera en peligro la integridad del territorio nacional.

La aventura del conde Raousset nos revela toda la impotencia de un pueblo que iba de tumbo en tumbo por el camino de las revoluciones y la anarquía.

Se trata, pues, de una provechosa lección histórica.

PROFECIA CUMPLIDA

"*UNOS A OTROS nos devoraremos como fieras: la tierra fertilizada con la sangre humana, quedará a ser presa del primero que quiera ocuparla... Las rivalidades no se extinguirán; la guerra será infinita y desoladora y dará lugar a la codicia de una potencia extranjera*": esto anunció Iturbide que ocurriría en México si no se adoptaba el sistema político por él propuesto.

A 30 años de la Independencia, cuando habían pasado otros tantos desde que la doctrina del Libertador fue aniquilada, en la república mexicana sucedían estas cosas:

1.—Los mexicanos se devoraban como fieras unos a otros.

2.—La tierra fertilizada con sangre humana era presa del primero que quería ocuparla.

3.—Las rivalidades no se extinguían.

4.—La guerra era infinita y desoladora.

5.—Una potencia extranjera se había apoderado de la mitad del territorio de México.

O sea que: los males que Iturbide había previsto, uno tras otro, o todos a la vez, habían sobrevenido al pueblo mexicano.

La profecía estaba cumplida, punto por punto.

El caso del conde Gastón de Raousset, que intentó la conquista de Sonora y la formación de una nueva república con el territorio de éste y otros estados, es la demostración de la segunda de las proposiciones que hemos enumerado, o sea la de que la tierra estaba a merced del primero que quería ocuparla.

Cuando Gastón de Raousset intentó su empresa, era presidente de la disminuída república mexicana el respetuoso general Mariano Arista, cuyo informe al congreso rendido en 1 de enero de 1852 es el cuadro exacto del estado que guardaba la nación. Ese informe —dice Sierra— fue el *De profundis* de la federación y de la república. El presidente hacía saber que:

1.—Paz no hay, sino apenas una calma aparente. Los perturbadores del reposo público conspiran. La explosión de una revuelta es inminente.

2.—La unión de los estados es débil y floja. Algunos resisten abiertamente al poder federal.

3.—El ejército no puede asegurar la paz de la nación, por falta de recursos.

4.—Los estados no pagan sus rentas, se atribuyen facultades excesivas, infringen el pacto federal, no reconocen la autoridad del gobierno nacional. El país está a la orilla de la anarquía y la disolución.

5.—Los ingresos públicos fueron en 1851 de 3 y medio millones de pesos; los gastos de 7 millones. El deficiente subsiste y no hay con qué cubrirlo.

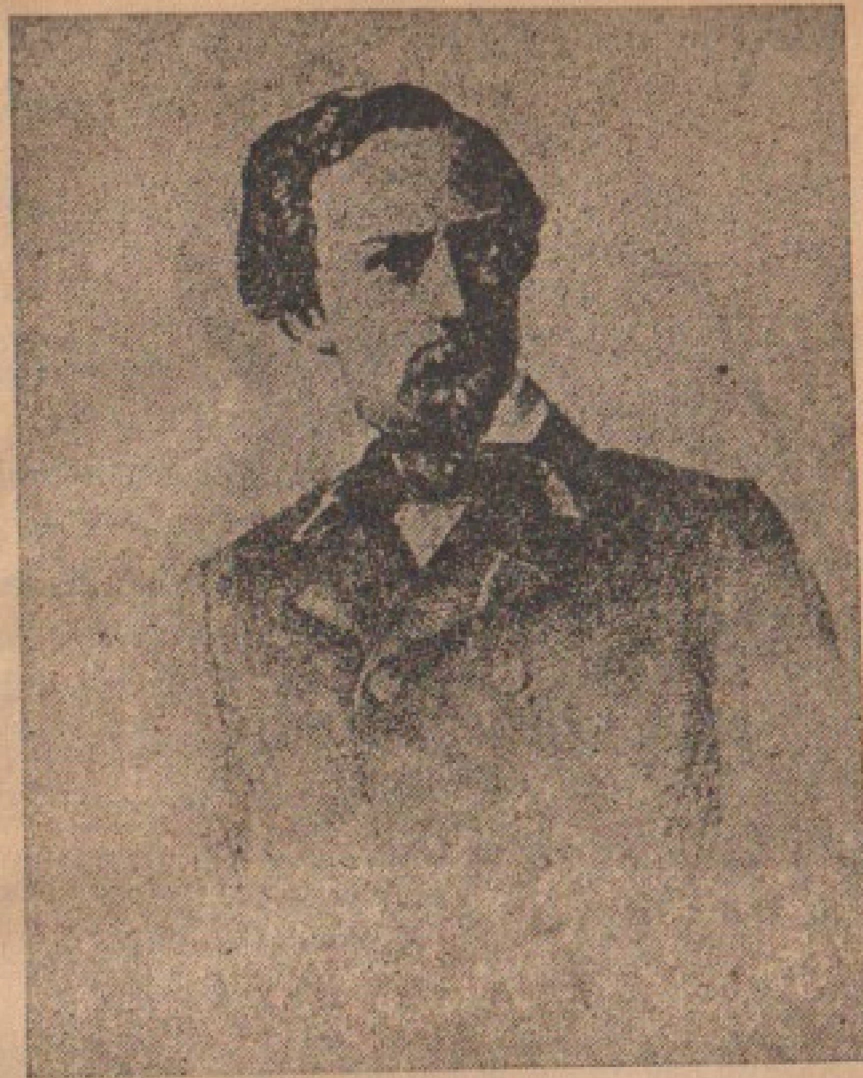
6.—Baja California, Sonora, toda la frontera Norte, Yucatán, el litoral sur y regiones del interior temen la irrupción de los bárbaros, el ataque de los filibusteros o los movimientos revolucionarios. No hay fuerzas para contener este peligro.

7.—Estos son algunos de los males que sufre el país; hay otros, tan graves como éstos, de los que informarán al congreso los secretarios de estado.

Resumen: México es una nación desbaratada, mísera, revuelta, invadida e impotente.

El congreso, al oír la exposición del presidente, dijo, más o menos, por voz de uno de sus diputados:

"Las cosas andan mal. Quizá sea necesario expedir una ley; quizá no. Ya lo pensaremos".



Conde Gastón de Raousset-Boulbon

3 días después del informe, una horda de indios bárbaros atacó varios pueblos del estado de Durango, cuyos habitantes no pudieron defenderse. En Sonora, las incursiones de los salvajes eran destructoras y continuas. Empujados por los vecinos del otro lado de la frontera, mataban y robaban, y el producto de sus robos era adquirido por los mismos que los impelían a robar.

De Durango llegó una angustiosa voz de socorro:

> "*Por Dios* —decía—*ayúdennos a reprimir a los bárbaros, o desapareceremos de la sociedad mexicana*".

El 21 de febrero, el bandido mexicano José María Carbajal,

a la cabeza de 438 aventureros, cruzó el río Bravo y penetró por Matamoros en territorio mexicano. Su expedición la había organizado en Brownsville, a ciencia y paciencia de las autoridades norteamericanas.

El 9 de marzo, don Manuel Robles, ministro de guerra, decía al congreso:

> *"El soldado abandona sus banderas para buscar la subsistencia. No tardarán en ser invadidas Tamaulipas, Baja California y Sonora. Los estados fronterizos serán asolados por los bárbaros. Yucatán volverá a sufrir la guerra de castas. El Soconusco y tal vez todo el estado de Chiapas, serán segregados de nuestro territorio. Tehuantepec podrá ser ocupado por los aventureros sin resistencia alguna. En los demás estados del país se interrumpirá el orden público. La nación se extinguirá".*

Este era el México de 1852, el que tentó la ambición de un poeta de la aventura: Gastón de Raousset-Boulbon.

¡ORO EN CALIFORNIA!

Mientras que nuestro país iba cayendo al fondo del océano de su desgracia, como se hunde en el agua un hombre con una gran piedra atada al cuello, en el territorio que habíamos recientemente perdido, en la Alta California, al brotar un río de oro surgía una nueva, imponente civilización.

Aún no se firmaba el tratado de paz con México, cuando el 24 de enero de 1848, un trabajador del valle de Sacramento, llamado James Wilson Marshall, encontró granos de oro en un riachuelo.

La noticia se difundió pronto y la fiebre, la locura del oro se apoderó de todo el mundo. Los campesinos hipotecaron sus granjas, los exploradores abandonaron los bosques, los obreros dejaron sus herramientas, los escribientes sus despachos y los ministros protestantes sus púlpitos, y corrieron hacia los arroyos y ríos de California con artesas, bateas, sartenes y canastas para lavar arena y separar las palacras.

De todos los lugares de la tierra acudieron hombres al nuevo Eldorado, por todas las rutas: dando la vuelta al Cabo de Hornos en las más extrañas embarcaciones, a través del continente por Oregon, por otros caminos y hasta por el istmo de Panamá.

> *"San Francisco se convirtió de la noche a la mañana en una pequeña y agitada metrópoli, llena de vicio, lujuria y ambición, y California se transformó, de una quieta y romántica comunidad de rancheros mexicanos, en una ruidosa y pujante comunidad de anglosajones"* [1].
>
> *"Cuanto pudo contener la humanidad, en cien pueblos diversos, de audaces, inconformes, ambiciosos, fracasados, miserables, meretrices, tahures, estafadores, prófugos de la justicia, todos los desechos sociales se volcaban sobre el nuevo paraíso"* [2].

La frenética balumba de buscadores de fortunas apenas dejó huellas de la antigua cultura española, y de paso diremos, para que no lo olviden aquellos que dicen que "*mejor nos hubieran conquistado los ingleses*", que de cien mil indios que había en California en 1850, no quedaban, diez años después, sino treinta y cinco mil, destinados a vagabundear, robar o perecer [3].

En agosto de 1850, atraído por el oro, llegó a California el conde Gastón de Raousset-Boulbon. Tenía entonces 33 años de edad, una hermosa figura, los bolsillos vacíos y un mundo de sueños en la cabeza.

---

[1] ALLAN NEVINS and HENRY STEEL COMMAGER, *The pocket History of the United States.*

[2] RAMÍREZ CABAÑAS, JOAQUÍN, *Gastón de Raousset, Conquistador de Sonora,* 10.

[3] SAMUEL ELIOT MORISON y HENRY STEEL COMMAGER, *Historia de los Estados Unidos de Norteamérica,* Mex., 1951, T. II, 234.

QUIEN ERA Y DE DONDE VINO

Había nacido en Aviñón, de una familia noble de Provenza. Su madre murió poco después del parto. El padre, un hombre severo, frío y orgulloso, casó por segunda vez y el niño fue confiado a los cuidados de la abuela materna.

A los siete años de edad lo internaron en un colegio de jesuítas establecido en la ciudad alemana de Friburgo, donde estuvo hasta los 15. Durante esos 8 años, los jesuítas trabajaron pacientemente en sujetar el carácter indómito y la imaginación exaltada del pequeño Gastón.

Hecho un mocito, volvió a la casa paterna, el viejo castillo de Boulbon, donde pasó un año. El padre apenas trataba al muchacho, el que sufrió entonces la experiencia de la soledad y el aislamiento.

Al cumplir 18 años se emancipó y su padre le hizo entrega de los bienes que le pertenecían por herencia materna, después de rendirle pormenorizadas cuentas de la administración de los mismos. El muchacho se halló, pues, dueño de una considerable fortuna y en libertad para disponer de ella.

Dejó entonces la casa paterna y se radicó en París. Era rico, tenía 18 años, un título de conde, talento bien cultivado, agradable presencia. Sabía montar a caballo con destreza, tiraba esgrima, dibujaba muy bien y escribía versos, ensayos de drama, novelas cortas. Su estilo literario, del que se puede juzgar por sus cartas, es limpio, flúido y elegante.

La vida del condecito en París fue una espléndida vida de ocio, muy propia para arruinar la fortuna que había heredado. Un día alquila un barco en el que se instala y pasea por el Sena, con una orquesta, rica bodega de vinos, mesa abundante y amigos alegres. Luego pone casa en Ruán, donde vive como un gran señor, pero se aburre. Ya medio arruinado, establece en París un hotel de lujo, empresa que fracasa.

Emprende otros negocios, que deja luego. Su espíritu inquieto no se adapta al mundo que le rodea. En cierta ocasión, cuando el

tedio lo abruma, confiesa a un amigo: *"Pienso que somos unos desventurados, que estamos despilfarrando nuestra juventud en tonterías. Es preciso hacer alguna cosa... que sea extraordinaria"*.

Hacia 1845 marcha a Argelia, donde invierte en tierras lo que le queda de su fortuna. Emprende grandes plantaciones, se mezcla en política, riñe con el gobernador de la colonia, escribe folletos sobre la colonización, organiza *safaris*. Al fin, todo le desencanta. Fracasados sus negocios agrícolas, vende las tierras a cualquier precio, deja el continente africano y vuelve a Francia, dilapidada ya su fortuna.

Cree hallado un cauce al torrente de sus energías en la política. Participa en una campaña electoral como candidato a diputado. Funda un periódico, *La Libertad*, en el que expone sus ideas y propósitos. Va a los mitines, pronuncia discursos, escribe manifiestos. El producto de esta varia y febril actividad es el fracaso.

Hacia 1849, Gastón de Raousset es un hombre pobre, solo, vencido por la adversidad.

AMERICA LLAMA

Es entonces cuando el rumor del oro de California se difunde en Europa. Ahí está un mundo que ganar por los audaces. Gastón de Raousset decide marchar a la conquista de ese mundo.

En París, como en Londres y otras capitales del mundo, se habían formado sociedades para la explotación de los lejanos placeres auríferos. Impelidos por la avidez de oro, los hombres dejan sus tranquilos hogares, sus rutinarias ocupaciones, y emprenden el viaje a la remota, fabulosa California.

Gastón de Raousset no tiene dinero, pero le quedan algunos amigos de la época de prosperidad, que se lo prestan. Compra un pasaje de tercera clase, un modesto equipo de viaje, y parte a Inglaterra, donde se embarca con destino a Panamá; aquí, cruzado el istmo, transbordaría a otro barco que navegando por el Pacífico lo llevaría a la meta final: San Francisco.

El conde narró su viaje en una carta escrita a bordo el 22 de
julio de 1850. Este interesante documento dice así:

"El Ecuador es un barco pequeño que danza a esta hora sobre
las olas del Pacífico; pero a pesar de sus condiciones detestables, voy
a intentar escribirte, querido amigo, condiciones atroces en efecto,
porque las plumas de acero me persiguen aun en tus antípodas.
"Es mediodía; el sol cae en este instante perpendicular sobre el
puente del navío. El pasajero estupefacto busca vanamente su som-
bra; las olas son recias, y a proa, mi perro ladra, pobre bestia que
como su amo aspira a la libertad. ¡Singular navío! El pabellón es
inglés, el capitán, norteamericano; los tripulantes, de todas partes.
Por lo demás, navega bien, y si encontramos carbón en San Blas,
en la costa de México, podremos estar en San Francisco dentro
de 25 días.
"Sólo en cubierta, probablemente, pienso y escribo. Un cente-
nar de pasajeros tendidos aquí y allá, duermen y sudan, que son las
únicas cosas que puede hacer un extranjero en estas tórridas regio-
nes: toda esa gente viene a los Estados Unidos, y en su mayoría, son
españoles, alemanes o franceses. La sed de oro arrastra a todos, y
la meta común es California. ¡Qué pocos, sin duda, encontrarán
la satisfacción de sus deseos, y yo mismo, quién sabe qué suerte me
espera al término de este viaje!
"En verdad, bastante he sufrido. Desde mi salida de Europa
ocupo los últimos lugares, apenas recibo alimentos, no duermo, con-
fundido entre gente sucia y grosera; y todavía tengo que soportar
esta existencia durante 25 días. Lejos de esperar que mejore, creo
que empeorará en California; pero no me arrepiento, que antes es-
toy contento de haber tomado esta resolución. En medio de mi mise-
ria actual, y más que nunca, siento que no puedo vivir en Francia, a
menos de poseer en ella la vigorosa independencia de la fortuna.
¿Llegaré a alcanzarla? ¡Dios lo sabe, pero yo casi no lo espero! De
modo natural me siento arrastrado a pensar en tu propia vida, mi
querido y pobre amigo. ¿Cómo haces tú para ser desventurado,
puesto que lo eres? ¿Qué te falta? Nada a mis ojos, puesto que po-

sees buena parte de lo que yo deseo, y de ti depende proporcionarte
lo demás. Si en esta hora tú te movieras como yo, revuelto en este
montón de sarnosos, clavado en un barco donde uno se ahoga, a régi-
men de carne salada y agua execrable; si tú estuvieras aquí...
¡con cuál aureola encantadora se te representaría la vida que hoy
te rodea! Te decía en París, y ahora lo repito, ensaya, abandona
Francia con media docena de camisas y sin criado, haz el miserable,
pero un verdadero miserable, durante un año o dos; viaja, da la
vuelta al mundo, y cuando recobres a tu madre París, no pensarás
más en quejarte y serás dichoso.
"Pero, necio que soy, predicándote moral y dándote consejos...
¡Como si esto sirviese para algo! Deseas que te hable sobre todo de
mí y del mundo en que vivo; permíteme maldecir esta pluma de
acero y al navío que cabecea, y en seguida te satisfaré.
"Partí de Southampton el 17 de mayo, a bordo del Avon, sober-
bio navío de 1,800 toneladas; se afirma que en él los pasajeros gozan
de todo el confort imaginable, y lo cierto es que yo vi un abundante
aprovisionamiento de carneros, de aves, de legumbres frescas, hasta
una vaca a bordo, pero, infortunado amigo, yo ocupaba un sitio de
marinero y no puedo hablar de más que de la carne salada y del
bizcocho duro del Avon, y no muere uno con esas cosas, es cuanto
puedo decir. ¿Te imaginas lo que es encontrarse sin transición en un
círculo de marineros y de sirvientes? En realidad, no faltan buenas
razones para hacer un mayor acopio de estoicismo, pero para mí,
como para ti, la vida está hecha de sentimientos. Se encontraban a
bordo una docena de franceses, un vizconde, de buena presencia,
creo que de Turena, reaccionario furioso aun cuando no carece de
ingenio, un gentilhombre bretón, demasiado Gaceta de Francia,
buen diablo, y muy testarudo, un M. de Navailles, pagador en la is-
la Guadalupe, buen hombre, espiritual y sensato; otros dos bretones
inofensivos, aunque capitanes de antigüedad; un señor que, habien-
do viajado mucho, se considera en la obligación de mostrarse reser-
vado, un comerciante en víveres, de Burdeos, que vociferaba como
un desesperado; un M. Jocrise y, por último, el hermano de un ban-
quero californiano... Estos señores han tenido que reconocer, des-

pués de algunos días de travesía, que yo podía, aun siendo pasajero de tercera, tratar con ellos sin comprometerlos; su sociedad me ha hecho el tiempo más corto, por mucho que, como buenos franceses, hemos discutido a gritos de política las 3 cuartas partes del viaje.

"Debería, como buen viajero, si lo fuera, mi querido amigo, hacerte una descripción de Madera, con su pintoresca avanzada de Porto Santo; estos paisajes reclaman un pincel maestro (Salvator no ha hecho nada mejor); cimas sombrías, cuyas siluetas audaces recortan el cielo, rocas calcinadas que lame el índigo de las olas, horizontes blancos, cielos de fuego, todo, amigo mío, valdría la pena de tomar los pinceles; pero piensa que escribo sobre un puente que tiembla, y sólo mi amistad hacia ti es suficientemente fuerte para impedirme romper la atroz punta de acero que tengo entre los dedos. ¡Qué medios para ser pintor y poeta en semejante situación!

"El comerciante bordelés me alcanzó en el puente, delante de esta isla hermana de las islas Afortunadas, para instruirme que Madera produce un vino fuerte muy estimado; yo le agradecí sus informes y le aseguré que verificaría la exactitud de ellos al llegar a tierra, y aunque soy pasajero proletario, no dejé de hacerlo. Falleció a bordo un mayor inglés que iba a Jamaica; murió de borracho, si te place, y como conviene a un mayor inglés, el alcohol lo llevó al delirium tremens y en seguida al tétanos. Tú sabes cómo se entierra a bordo: al muerto, cosido dentro de un saco, se le arroja al agua, lo que es bien triste...

"El 5 de junio pasamos la línea del trópico, y esperaba alguna de esas ceremonias que hacen la alegría de los viejos navegantes; pero el buen hombre Trópico no ha descendido por el gran estay y no hemos recibido el bautismo. El paso del trópico dió lugar sólo a una broma dudosa jugada a Jocrise, el pasajero a quien se hizo ver la línea con unos anteojos, y él quedó convencido de que la ha visto; eso fue todo.

"El 7 de junio echamos anclas en la Isla Barbada, donde al fin se nos presenta la población negra en toda su profusión; el europeo desaparece y el mulato ocupa el plano más alto. Por la tarde, asistimos a un baile de mujeres de color, muy escotadas, como supon-

drás; las mulatas saltaban al son de una flauta agradablemente acompañada de panderos y violines, y olvidaba un bajo que no hacía mal efecto. Esperaba ver la bambula, la verdadera danza propia de estos salvajes, pero no hallé sino la contradanza importada por los ingleses y vestidos de olanes. No hay colonia inglesa donde el negro no trate de parecer inglés, y ya imaginarás cuál caricatura hace una negra con sombrero color rosa y colgada con un vestido de tres olanes. En suma, hemos pasado 2 días agradablemente en la Barbada. La isla es pequeña, pero muy poblada, bien cultivada y floreciente.

"De la Barbada a Santo Tomás navegamos casi siempre a la vista de las Antillas, por la derecha, en mar tranquilo y cielo constantemente amenazado de tempestad. En contra de su reputación, los mares tropicales no alcanzan nunca la limpidez de los parajes de Africa.

UNA RAZA BASTARDA

"El día 11 —sigue diciendo la carta— estábamos en Santo Tomás, bello puerto donde está proscrita la aduana; ahí, amigo mío, compré 2 anzuelos, como precaución para el caso de tener que ganarme la vida en San Francisco; me haré pescador... ¡Pescador, vendedor de pescado, qué porvenir! De buena gana rompería esta carta y esperaría a escribirte cuando haya resucitado. ¡Pescador! Muy hermoso para soñar a la sombra y al fresco, tomando el té... Pero, valor y adelante, y dejemos las filosofías que ahora me asedian a la vista de estos anzuelos. ¡Filosofía, moral, razón, habéis llegado demasiado tarde!

"Después de Santo Tomás, Puerto Rico, un país como no lo has visto jamás, un panorama como has podido soñarlo, un cuadro en el cual pensamos que la vida debe de estar toda hecha de oro, de luz y de amor. ¡Fantasía, don dulce y cruel a la vez que me hablas de amor, de luz, de oro! El Atlántico mueve sus olas pesadamente, y los norteamericanos, mis compañeros, me muestran sus rostros siniestros, tengo la cabeza aturdida y los bolsillos casi vacíos...

"El 14 de junio, Santo Domingo, tierra baja, vegetación tierna;

al día siguiente, la tierra se acerca, se eleva, se llena de bosques, reverdece y se colora; he aquí nuestra bella colonia perdida, cuyas revoluciones forjaron el ridículo imperio de Soulouque. No habiendo visto a Su Majestad ni al duque de Trou-Bonbon, ni al príncipe de la Marmelade... no puedo hablarte de ellos sin exponerme a graves inexactitudes; en cuanto a su país, es más bello que la Provenza.

"Abandonamos Jamaica el día 20, y es la última de las Antillas que visitaremos; tierras benditas donde el hombre debería acendrar la vida y donde sólo refina azúcar; es doloroso ver este paraíso terrestre desolado. Hemos cambiado de barco y estamos a bordo del Dee, *otro navío inglés que nos conducirá a Chagres. Estuve a punto de perder mi equipaje, y ya juzgarás de mis apuros, pues mi dinero estaba en la maleta: desde ese día lo llevo afectuosamente ceñido a la cintura.*

"Santa Marta. Estamos al fin en la verdadera América, la América española: ruinas, mendigos, una raza bastarda, mezcla aventurada de todas las sangres, desocupados que pulsan la guitarra, mujeres en los balcones, niños desnudos que vagan como salvajes entre los perros; de lejos en lejos, algún fraile de rostro desteñido, ni un navío, ni una barca en el puerto, y en un país admirable. Esto es la América española, como la han dejado las revoluciones. Después de Santa Marta, tocamos Cartagena y desembarcamos en Chagres... En las cercanías de esta villa fue donde desembarcó Pizarro. ¿Qué haría ahora Pizarro?

"Aquí el viaje comienza a volverse pintoresco. Se remonta el río Chagres para cruzar el istmo, pero no pienses que el viajero haya tomado posesión de estas riberas que permanecen como Dios las hizo. El coche de Auxerre a Joigny haría extraña figura en las sinuosidades de este río. Y ahí me ví, tendido en una de esas piraguas de que los exploradores nos cuentan maravillas, labradas en un tronco de árbol, conducidas a remo de forma de pala por 3 salvajes enteramente desnudos. De tiempo en tiempo me distraigo en derribar con mi fusil alguna garza que pasa, y el eco despierta el río, y bandas de loros levantan el vuelo lanzando gritos.

"No imagines —continúa— *que Chagres es una ciudad. Un fuerte ruinoso a la entrada del río, se recata bajo un manto de verdura; unos mestizos asumen allí la guarnición sobre la orilla de la derecha, unas chozas de cañas representan una villa, aunque es verdad que enfrente de estas antiguallas españolas el constelado pabellón de la joven América flota sobre casas de madera de aspecto moderno. He aquí la conquista industrial pacífica; España y los Estados Unidos están lado a lado; pero éstos viven y la otra duerme para no despertar jamás.*

"El río Chagres posee un esplendor monótono; se avanza entre dos muros de verdura, de árboles gigantescos, de arbustos de especies sin cuento, lianas innumerables cayendo sobre las aguas verdes, loros que voltejean, lanzando gritos entre la fronda tan abigarrada como ellos; monos que se encaraman en los cocoteros, serpientes que penden y se mecen y se confunden con las lianas; caimanes que juegan sobre el fango de las orillas... Nuestros salvajes han remado hasta las 10 de la noche, y un pueblo, o una aldea, si prefieres, señala la estación. Pasé la noche en la barca, mientras mis compañeros de viaje, más delicados, fueron a acostarse sobre una piel de buey, con el suelo por colchón y una piedra por almohada.

"He tomado, sin embargo, un excelente chocolate en uno de estos pueblos, tanto mejor cuanto que fue servido por una de las más bellas creaturas que he visto en mi vida, una mujer de color de barro cocido y cabellos crespos, pero ¡qué líneas, qué color y qué hombros! De cuanto he visto desde el día de mi partida, estos hombros son la belleza menos discutida y más curiosa, y tuve que vagar para convencerme de ello en víspera de mi salida de allá durante el baile en la casa del alcalde de Cruces. En él, por lo menos, encontré un poco de lo que esperaba en cuanto a danzas del país. La graciosa España ha dejado impreso su sello en estos salvajes, como la ruda Albión imprime el suyo a sus negros.

"Al salir de este baile tropecé, en plena calle, con una mesa de

juego puesta por los norteamericanos, o una ruleta si te place, donde los arrieros y los remeros iban a perder los dólares que nos sacaban por fuerza a los viajeros. Comenzé por indignarme ante aquel espectáculo, y acabé por perder 6 pesos.

"Salgamos de Cruces, atravesemos el istmo a lomo de mulas y vengamos a Panamá; pero antes quiero contarte el encuentro que tuve en este istmo que, como dicen los periódicos, está infestado de bandidos. Caminábamos, escoltando nuestras mulas, rifle en mano y ojo avisor, por una cañada estrecha y sombrosa; adelante de nosotros, se formó un montón de mulas y de arrieros, pataleando en el lodo, y avanzamos ya puestos en guardia; iban allí unas 20 mulas, cargadas cada una con 2 cajas de insignificante aspecto, y 5 o 6 indígenas marchaban detrás arreándolas a gritos. . . —¿Qué llevan estas cajas?, pregunté. —Oro, me contestaron, como pudieron haber dicho cobre. Y has cuenta: cada mula llevaba 200 libras.

"Estas fortunas, estas 10 fortunas, estaban allí sin ninguna escolta, en medio de una selva virgen. Y volví los ojos a mi carabina, con aire avergonzado. Los habitantes del país deben poseer una fuerte dosis de gravedad española para no reír del atavío guerrero de los extranjeros que pasan. Decididamente, ¡harto mérito alcanzo al escribirte con esta pluma de acero!

"Panamá estaba llena de viajeros, con un solo barco a partir; imagínate, para tener idea de las dificultades, que el comerciante bordelés pagó 425 dólares por un pasaje de 3a. clase, cuyo precio es de 150 en la agencia de vapores. Llegado el 25 a Panamá, no pude reembarcar sino hasta el 20 del mes siguiente. Estoy en ruta hace 4 días y espero, dentro de 15 o 20, saludar a la California.

"Nos ha dado Panamá una muestra de lo que es el país. He aquí lo que es un hotel en esta villa: una gran casa de madera llena de filas de catres de tijera, sin ropa, sin cobertores, sin colchones; y de estos catres se acomodan cuantos pueden caber. El propietario de casa de huéspedes más avisado ha hecho construir, en torno de estas grandes piezas, casillas superpuestas donde se hacina a los viajeros. Sillas, mesas y vasos de noche son aquí muebles desconocidos. Quince días pasé acuartelado de esta manera, cuidadoso de mis cosas como sabes que soy y, aunque revuelto entre esta gente que en verdad no venía de hacer su primera comunión, nada me robó. Y este tugurio cuesta, amigo mío, un dólar por día.

"En cuanto a Panamá, villa de frailes, iglesias, conventos, parapetos, todo está en ruinas. Cualquiera institución, por buena que sea, perece por el abuso, y esto sobre todo es aplicable a los frailes españoles. Edificios arruinados, fortificaciones, iglesias, conventos, cañones abandonados, población que duerme. . . Todo como en España.

"Tenemos a bordo a varios norteamericanos que regresan a California; uno de ellos ha llevado a Nueva York veinte mil pesos amasados en cuatro meses; y otro ha recogido trece mil pesos de oro en once meses. Uno de éstos ofrecía hoy al capitán del barco veinte dólares por día, si quería ir con él a trabajar en las minas. Me han comunicado pormenores de las costumbres de esa tierra que son lo más fantástico del mundo. El juego en California es un furor, pero furor y vicio magnífico; se habla de mesas de juego sobre las cuales el banquero pone un millón de dólares, y se encuentran siempre puntos *para hacer* banco.

"¡Adiós!. . . Voy a comprobar todo esto por mí mismo; trato de salvar una catarata, y no sé si llegaré vivo o ahogado. . ."

LA META

Gastón de Raousset llega a San Francisco el 22 de agosto de 1850. La ciudad californiana, perdido en unos cuantos meses su perfil hispano, es una abreviada cosmópolis rugiente, enloquecida por la fiebre de oro.

El conde la describe así en una de lós primeras cartas que escribió desde California a su amigo de París:

> *"En este revoltijo humano, un marqués está empleado al servicio de quien fue su peluquero, ahora convertido en banquero; y un ex-banquero ex-millonario solicita la plaza de* croupier *en la casa de juego que pertenece a un antiguo hércu-*

les de circo; el señor H., coronel del ejército francés, lava y remienda camisas; un ex-capitán de navió es actualmente aguador; el vizconde de... es mozo de cabaret, con aspiraciones a propietario de un establecimiento de esta clase; y un duque es limpiabotas... Ya podrás formarte una idea de la corrupción, la licencia y la desvergüenza que reina aquí después de 3 años de carnaval... Y, sin embargo, con esta justicia fantasmal, con una fuerza armada nula, con policía ausente y problemática organización, todo marcha".

El conde había llegado un poco tarde a California para participar en la explotación de los placeres auríferos. El campo estaba ocupado y tuvo que tentar otras ocupaciones, entre ellas la de introductor de ganado a San Francisco, en la que fracasó. Luego se empleó de alijador y se hizo de una lancha que usaba en la descarga de los barcos, en sociedad con un capitalista, quien se llevaba la mayor parte de las ganancias. Por esto, y porque la profesión de alijador no correspondía a sus ambiciones y sueños, la dejó también.

SONORA: UN MUNDO QUE GANAR

Entre los aventureros franceses de California vivía un perseguido de la justicia, un proscrito, el marqués Carlos de Pindray, quien había cometido en su patria delitos atroces. Era revoltoso, violento y decidido; por lo mismo gozaba de temible reputación en aquella sociedad donde la violencia era la suprema razón.

Con este personaje traba amistad el conde Gastón de Raousset y por él sabe de la existencia de un país al sur, baldío y misterioso, que se llama Sonora. Pindray le comunica un día que ha firmado contrato con el gobierno de esa provincia, en virtud del cual se obliga a encabezar un grupo de franceses y a formar con ellos una colonia militar destinada a contener las irrupciones de los indios bárbaros; y que, por su parte, el gobierno de Sonora se había obligado a cederles tierras y prestarles el dinero necesario para su explotación.

De los emigrados de Sonora con los que entró en relaciones en California, Gastón de Raousset obtuvo mayores informes acerca de aquella tierra que había ya estimulado su excitable imaginación. Contábanle historias de infortunio y de no sospechadas e inagotables riquezas. Las de Alta California no valían nada en comparación con las de Sonora. Mucho más oro había aquí que en los placeres del norte. *"En el año de 35* —le informaban los refugiados sonorenses al conde— *por el rumbo del mar Poniente, se descubrieron los últimos placeres, y encontráronse palacras con peso hasta de 7 libras".*

Fue enterándose también el insatisfecho aventurero de que México era un país desorganizado. Sonora estaba sufriendo las consecuencias de la falta de gobierno. Sus habitantes se hallaban expuestos a los asaltos de las hordas bárbaras. No había seguridad para las vidas ni las propiedades. Bastaría un poco de paz, un poco de orden para que Sonora floreciera.

Gastón de Raousset contempla entonces la oportunidad que tenazmente ha perseguido. Ahí está la empresa reservada para él. Sonora, tierra ancha y sin dueño, rica y desolada, ha de ser el escenario de su gloria. Ningún trabajo le costará enganchar unos centenares de franceses, de aquellos que vagaban por las calles de San Francisco, desocupados, hambrientos, prontos a jugarse la vida por la fortuna, y llevarlos a la conquista del territorio vacante que se extiende al sur, más allá de los valles risueños, lejos del tráfago y rebumbio de San Francisco, donde los hombres se aglomeran y disputan sin sospechar que existe un mundo a su alcance que no pertenece a nadie, donde el oro rueda con las arenas de los ríos y la naturaleza espera al hombre para prodigarle sus frutos. Ese mundo sería conquistado por él, a la cabeza de un osado grupo de aventureros.

Cuando el facineroso marqués de Pindray lo invitó a que formara parte de su expedición, el conde Raousset desechó la invitación. Tal vez no le agradaba la compañía del personaje; quizá le parecía poco digno de él un puesto secundario y prefirió esperar la ocasión de mandar él su propia hueste. El caso fue que dejó mar-

char a Pindray, el que con 84 franceses desembarcó en Guaymas en diciembre de 1851 y pasó a Ures, capital entonces de Sonora, para establecerse más tarde en Cocóspera. El fin de este intento de colonización fue trágico: una noche, cuando Pindray dormía, fue muerto de un tiro, disparado por no se sabe quién.

LA OPORTUNIDAD BUSCADA

El ministro de Francia en México, Levasseur, estaba al co- rriente de las dificultades ocasionadas por la inmigración france- sa en California. Los numerosos y desgalichados cazafortunas po- nían en frecuentes apuros al cónsul de Francia en San Francisco, Mr. Dillon, quien por lo mismo trataba de dispersar y dar ocupa- ción a la turba de compatriotas suyos, condenados a vivir en Ca- lifornia de la briba o de oficios abyectos. Con gusto, pues, alentaba su emigración hacia el país vecino, Sonora, de acuerdo con el mi- nistro Levasseur, el que siempre trabajó por llevar a la práctica la idea de plantar en dicho estado fronterizo una colonia france- sa.

Hacia 1852 se organizó en México una compañía minera, *La Restauradora,* con el fin de explotar el rico mineral de la Arizona. Los organizadores del negocio fueron varios políticos mexicanos influyentes, que hicieron el denuncio, el banquero judío Jecker, de la ciudad de México, y el citado ministro Levasseur. Para proteger la explotación de las minas era necesaria una fuerza militar y nada más oportuno que formarla con el desecho de la inmigración ca- liforniana.

A tiempo se enteró del negocio el conde Raousset-Boulbon, quien se puso en correspondencia con el ministro Levasseur. Este le aconsejó que viniera a México, donde lo pondría en contacto con los empresarios de *La Restauradora.* El conde siguió el consejo y vino a la capital mexicana. Estuvo aquí 2 meses y el 17 de abril de 1852 firmó con Jecker, Torre y Compañía un contrato por el que se obligaba a reclutar en San Francisco una fuerza de 150 hombres y a conducirlos armados y equipados al puerto de Guay-

mas, en el que serían recibidos por un agente de *La Restauradora.* Raousset se obligaba asimismo a "*defender hasta donde pueda los terrenos, minas y placeres de la compañía, contra cualquiera que le atacase la propiedad o la concesión*"; la empresa se obligaba a "*ceder al señor Raousset la mitad de dichos terrenos, minas y pla- ceres*".

El conde recibió 30,000 pesos para los primeros gastos. La compañía nombró representante en este negocio al coronel Manuel María Jiménez.

Así quedaron abiertas las puertas de Sonora a Gastón Raousset-Boulbon.

LA EXPEDICION

Vuelto a San Francisco, Raousset organizó en pocos días la ex- pedición. Reclutó y armó 240 hombres, o sean 100 más del número convenido. Lista la tropa, la embarcó en un navío pequeño, el *Archibald Gracie,* que aportó en Guaymas el 8 de junio de 1852.

Al desembarcar, el conde hizo alarde de su hueste, a la que arengó con estas palabras:

> "*Lo que he deseado es, no sólo la felicidad de vosotros, sino también la de aquellos franceses que luego podrán venir a reunírsenos. Habéis sufrido en California y aquí tenéis la pers- pectiva de una felicidad segura. ¿Qué arriesgáis? No carecéis de nada. La* Sociedad Restauradora *proveerá a todas vuestras necesidades, y con ella compartiréis la posesión de estas ricas comarcas. ¿Creéis que por nada hace todos estos gastos? ¿Cre- éis que esos capitalistas exponen su dinero por bienes imagina- rios? Por la enormidad de los gastos, podéis figuraros la de las riquezas, de las cuales la mitad será vuestra*".

Después de la arenga, los expedicionarios bebieron alcohol hasta emborracharse. Su beodez duró 3 días, en los que escanda- lizaron.

Un periódico de la época describía al conde Raousset-Boulbon diciendo que *"era un hombre señaladamente a propósito para empresas arriesgadas, por naturaleza y educación. Militar adiestrado en la primera escuela militar del mundo, la del ejército francés en Argel, ha servido en el estado mayor del duque d'Aumale, mereciendo las consideraciones debidas como oficial instruido y valiente; dotado de una fuerza hercúlea y de un entendimiento cultivado; ardiente e intrépido, aunque reflexivo y juicioso, conociendo perfectamente el país donde iba a obrar; acostumbrado a mandar, y con la ventaja de tener un buen personal, acometía la empresa con el prestigio bastante para ganar la admiración y confianza de los que probablemente tenían parte en ella"* [4].

Como Raousset no trató de disimular el carácter bélico de su empresa, el comandante general de Sonora tuvo que hacerle saber que las leyes del país prohibían que fuerzas extranjeras entrasen armadas en territorio mexicano (lo cual, por lo demás, no necesitaba ser notificado), y le ordenó que depusiera el aparato militar. El conde Raousset contestó que si su gente iba armada era para defenderse en caso de un ataque de los apaches, y que dejar las armas era exponer la vida; que respetaba y respetaría las leyes del país, y juzgaba que no era desacatarlas el marchar con armas a las minas de Arizona.

Hacia el 26 de junio, Raousset llegó con sus hombres a Hermosillo, por cuyas calles marcharon a banderas desplegadas y con ostentación de fuerza, contraviniendo las órdenes recibidas.

Hasta qué extremo era débil y cuán poco respeto inspiraba la nación mexicana, está demostrado por el hecho de que una partida de 240 extranjeros podía presentarse insolentemente en territorio nuestro, desafiar el poder del gobierno y atropellar sus leyes.

Raousset recibió órdenes de salir de Hermosillo sin aparato militar y dividiendo su hueste en pequeños grupos, que se reunirían más tarde en despoblado. Estas órdenes partieron del general

---

[4] Citado por Zamacois, *Historia de México*, t. 13, p. 541.

Blanco, comandante de Sonora, el que le recordaba en el despacho respectivo que las leyes de la república prohibían el tránsito de fuerzas armadas sin el permiso de la autoridad militar, y observaba que el coronel Jiménez, agente de la compañía que le enviaba, conocía esas leyes y las había quebrantado al permitir que la expedición desembaracara y se internara en el Estado como fuerza armada.

> *"Todos los extranjeros* —decía la comunicación— *que han emigrado a Sonora y que han recibido tan buena como franca acogida de la comandancia general, se han internado como simples particulares, sin el aspecto imponente de la fuerza militar que, en el caso de que lo permitiera a Ud., le enajenaría simpatías con perjuicio del buen éxito de su comisión. Yo confío en que Ud. obedecerá mi orden del 7 de los corrientes, haciendo desaparecer todo lo que conduzca a presentarse Ud. y sus compañeros como fuerza regularizada. Hecho esto, debe contar con que yo le prestaré el apoyo y protección que necesite, para que sean efectivos los derechos legales que tenga en su empresa minera, y que no puedan cumplirse por cualesquiera circunstancias".*

La comunicación terminaba previniendo al conde su presentación en Arizpe.

Raousset, que no venía realmente a cuidar minas y repeler asaltos de apaches, sino con la idea de conquistar Sonora y formar una república, respondió fingiendo obediencia, pero resuelto interiormente a operar según sus planes.

Sin más compañía que 4 oficiales y 4 soldados, se dirigió a Arizpe y se detuvo en Vado Seco, lugar próximo a Cocóspera, donde quedaban restos de la colonia plantada por Pindray, a los que mantenía el gobierno del Estado.

> *Tenían* —dice el coronel Jiménez— *una muy buena milpa sembrada, carne, harina, frijol y lo más necesario para la vida; tenían también muy buenos caballos y mulas, porque en un*

encuentro con los apaches les habían quitado 25 bestias. Algunos que hablaban castellano, me manifestaron que desde el tiempo que estaban allí no habían tomado ni una gota de vino o de aguardiente, y que lo deseaban en extremo. Mandé abrir una caja en que yo llevaba 8 botellas de coñac y les dí 6. . .".

Raousset se negó a seguir adelante, por temor a una celada, según manifestó. En su concepto, el general Blanco favorecía los intereses de una empresa minera rival de la *Restauradora* y estorbaría la marcha de la gente al servicio de ésta para dar tiempo a que tomasen posesión de la mina los de la compañía contraria.

LO QUE PASABA EN MEXICO

Mientras el conde Gastón de Raousset estaba en vías de realizar sus proyectos, las cosas en México marchaban de mal en peor.

Un congreso soberanamente estúpido, o traidor, había trabado la máquina administrativa, de tal manera que el gobierno estaba agarrotado, inmóvil ante la catástrofe. El Presidente Arista era muy respetuoso del congreso y no se atrevía a dar ningún paso si el congreso no lo autorizaba. Y hay quien elogie —don Justo Sierra— el *legalismo* de Arista, como si no fuera digno de vituperio, más que de elogio, el jefe de un estado que por supersticioso respeto a una ley vacua deja de cumplir el primero de sus deberes, que es el de gestionar el bien de la comunidad que está bajo su dirección. De acuerdo con este imperativo, Arista debió mandar al diablo al congreso, y empuñando con decisión el timón de la nave, dirigirla y salvarla. Pero no lo hizo.

Los periódicos, reflejando la opinión de todo el mundo, lanzaban terribles acusaciones contra el inepto poder legislativo.

> "*Cuando vimos* —decía el periódico *La Esperanza* en su edición del 22 de junio de 1852— *que la república se hallaba amenazada por todos los ángulos; cuando consideramos al comercio paralizado, a los pueblos en la mayor miseria, y prontos a enarbolar el estandarte de la revolución, no ya para conquistar un principio ni un sistema, sino un mendrugo de pan para saciar el hambre que los devoraba, y un pedazo de lienzo para cubrir su desnudez, fuimos los primeros, nos honra el decirlo, que llamamos la atención del congreso, excitándolo a que dictara alguna providencia que viniera a salvar al país de aquel conflicto. Ocurrimos a cuantos medios estaban a nuestro alcance; procuramos excitar el patriotismo y la humanidad de los representantes; los sentimientos generosos que abriga todo hombre; en fin, cuantos resortes podían ser del caso, tantos movimos; pero todo fue en vano; la más fría indiferencia acogía nuestros clamores; los pueblos perecían, y nada se hacía por ellos*".

El *Monitor Republicano* del 13 de julio decía:

> *"Los indios bárbaros, no encontrando ya resistencia por hallarse todos los pueblos fronterizos arruinados, sin medios de defensa, diezmados por el hambre y por los sufrimientos de tantos años, no conocen ya un dique bastante para detener sus incursiones, y por eso vemos que hasta en las capitales de los estados más centrales andan sembrando la muerte y la desolación.*
>
> *"Los bárbaros que en otras épocas se dirigían a las poblaciones de los estados fronterizos, temerosos de ser destruidos por la fuerza de los que entonces se encontraban más florecientes, en la actualidad, conociendo sin duda su impotencia, nos amenazan hasta en las mismas capitales, como ha sucedido en Zacatecas.*
>
> *"Si el congreso hubiera creado los recursos extraordinarios que con tanta anticipación se le pidieron, el gobierno no se encontraría reducido a la nulidad, y podría actualmente, de manera eficaz, auxiliar al estado de Zacatecas, y a los demás que se encuentran en su caso*".

En efecto, el gobierno era nulo; no ejercía, de hecho, ningún

poder. Un capitancito cualquiera podía sublevarse, como ocurrió en Mazatlán el 11 de julio, a la cabeza de 20 soldados, sin que hubiese medio de sujetarlo. La anarquía absoluta era el sistema político en vigor.

El 26 de julio estalló en Guadalajara la revolución que echaría del poder a Arista. La encabezó un sombrerero, pues hasta los sombrereros veían la necesidad de que hubiese orden. La nación empezó a pensar en el hombre que poco tiempo antes había echado del gobierno y del país: Santa Anna. No había más.

LA REBELION

En Saric, la vieja misión franciscana donde acampaban las fuerzas del conde Raousset, éste decidió arrojar la máscara de pacífico colono minero y adoptar el carácter de jefe de una revolución cuyo fin sería la independencia de Sonora.

Tuvo Raousset la osadía de exponer su plan al coronel Jiménez, ofreciéndole el mando de las fuerzas con las que se haría la guerra a la nación mexicana. Jiménez le contestó que era mexicano, si no por origen, por adopción, y que la propuesta que le hacía era infame porque era una propuesta de traición a su patria.

> "*Abandone esos escrúpulos, coronel* —replicó el conde—; *el gobierno de México es impotente; Arista está demasiado ocupado con sus enemigos en la capital, mandaremos traer de California 2 ó 3 mil franceses que en pocas semanas estarán aquí; permitiremos la extracción de oro en pasta y en piedras, por muy pocos derechos, y después de un par de años nos marcharemos a Francia, ricos, a vivir como príncipes. Si usted no se decide, lo haré yo*".

Jiménez, en vez de denunciar el plan de Raousset, le ofreció como *caballero,* guardarlo en el secreto, faltando con ello a la lealtad a su país.

Raousset, como hemos dicho, rehusó obedecer la orden de

presentarse en Arizpe, donde residía el general Blanco, quien lo había citado; mandó en su lugar a uno de sus secuaces, el oficial Garnier, el que salió con Jiménez de Saric. El 23 de agosto se reunió con el general Blanco, quien le hizo saber las condiciones bajo las cuales podían Raousset y su banda seguir adelante. Dichas condiciones eran: renunciarían a su nacionalidad y adoptarían la mexicana; enviaría Raousset una lista de los nombres de sus expedicionarios y la solicitud de cartas de seguridad; debería disolver la gavilla, conservando sólo a su lado 50 hombres que pasarían, como trabajadores y no como soldados, a tomar posesión del mineral de Arizona. Si consideraba necesaria una escolta para protegerse de posibles asaltos de los indios, la comandancia militar se la proporcionaría.

En otras palabras, Blanco pretendía con razón que el conde se sometiera a las leyes mexicanas y observase la conducta de un colono pacífico y dócil.

Garnier volvió al Saric con las proposiciones del general Blanco, que fueron rechazadas. Gastón de Raousset había determinado ya lanzarse contra México. Por esos días escribió:

> "*Nuestra situación empeora; la hostilidad es cada vez más dura. Mis hombres se preparan para una marcha de 80 leguas, cuyo destino final me obliga a callar la prudencia. Han sido remendados nuestros vestidos, con un gusto más o menos bizarro y poético; a falta de botas, hemos hecho sandalias. Hemos montado nuestros 2 cañones, forjando hasta el último clavo. Talleres de carrocería, una fragua, talabartería, la fundición, todo se ha improvisado en las grandes salas ruinosas* (de la misión). *Las sombras de los frailes difuntos bien sorprendidos que deben de estar en sus tumbas*".

Trató luego de formar entre los sonorenses un partido favorable a la independencia de su estado, escribiendo a varios personajes; quiso también soliviantar a los indios en favor de su empresa, y hecho todo esto, salió de Saric en actitud de guerra, rumbo a la Magdalena.

Y así fue como un aventurero, a la cabeza de 240 harapientos soldados en sandalias, puso en peligro la integridad del territorio nacional, para vergüenza de los mexicanos.

LAS TRENZAS DE MARIA ANTONIA

Raousset y su cuadrilla llegaron a la Magdalena en los primeros días de octubre, o sea cuando se celebran en este lugar las fiestas de San Francisco. Pápagos, yaquis, ópatas, pimas e indios de todas las tribus de la región acuden anualmente a honrar al santo, de acuerdo con una tradición secular fundada por aquel glorioso misionero que fue el Padre Eusebio Kino.

El conde, alma de poeta metido a aventurero, debió recrearse en el espectáculo de la feria, colorido, gracioso, original para los ojos de un europeo refinado.

Se detiene 6 días en Magdalena, donde ocurre un episodio de amor, para que a la novelesca aventura no le faltase nada. Conoce a una linda sonorense, de nombre María Antonia, que se enamora de él, y de la que habla así en una de sus cartas:

> *"Pocos días después de que el gobierno de Sonora me declaró rebelde y pirata, en momentos en que yo estaba puesto fuera de la ley, en que cualquier individuo tenía derecho a matarme como un perro rabioso para merecer bien de la patria, se encontraba en estas fiestas de la Magdalena una esbelta y hermosa muchacha, llamada María Antonia... Pertenece a una familia principal, y su padre, que ha desempeñado cargos de autoridad en el país, naturalmente que figura entre mis enemigos. Delante de ella se habló de mí, se me atacó y tomó mi defensa. Su tía, una vieja dama de mucho* esprit, *la interrumpió con agria seriedad:*
> *—"¿Estás enamorada acaso del jefe de los piratas?*
> *"Antonia se levantó con decisión, se terció el rebozo y contestó con la mayor sangre fría:*
> *—"Sí, estoy enamorada de ese a quien ustedes llaman pirata. En esta hora de desgracia para Sonora, no hay más que un hombre que piensa en salvarla de la ruina, y ese es el conde. Si los hombres de aquí no fueran tan cobardes, todos tomarían las armas como él para sacudir el yugo de México... ¡Sí, amo al conde!"*

(Este es un pasaje creado por la imaginación de Raousset, seguramente).

Añade la carta:

> *"Ayer, ante las miradas de 5 ó 6 mil personas, Antonia ha estado en mi campamento y bajo mi tienda. Y no te cuento estas cosas para satisfacción de la fatuidad común a los animales de nuestra especie, sino para que puedas juzgar cuánto valen las mujeres de aquí; y si he cometido un gran error al creer que cuento con un partido mío en el país.*
> *"Mañana, a galopar en busca de los indios; después, una tarde, salvar 15 leguas de desierto para ir a... alguna parte, a desanudar las rubias trenzas de una mexicana enamorada, porque en Sonora, amigo mío, es una de las excelencias de esta tierra bendecida por el sol que en ella se encuentren también mujeres rubias entre los grupos de bellas carnes bronceadas, de rotundas formas, miradas negras y cabellos teñidos en las ondas de la Estigia".*

TOMA DE HERMOSILLO

Raousset se puso en marcha hacia Hermosillo, cuya defensa trató de organizar el general Blanco. Nos da pena recordarlo, pero es necesario decir que sólo pudo reunir unos cuantos hombres mal armados. Los franceses emprendieron el ataque de la ciudad a las 8 de la mañana, el 14 de noviembre. El fuego duró 2 horas. Casi todos los oficiales mexicanos cayeron heridos; los soldados se dispersaron; el general Blanco intentó una carga de caballería y fracasó. Quedaron 40 hombres tendidos en el campo. Blanco dispuso el retiro de sus tropas al pueblo de Seris, y Gastón de Raousset se apoderó de la ciudad.

El vencedor publicó esta proclama:

"Ciudadanos de Hermosillo: los franceses os han dado la prueba de que son tan moderados en la victoria como valientes en el combate. Que la sangre vertida caiga sobre el general Blanco. Hemos combatido contra vuestros tiranos. Os habían dicho que éramos piratas. Somos soldados de la libertad: es la libertad lo que traemos a Sonora. Volved a vuestras ocupaciones, abrid vuestras tiendas, entrad en vuestras casas. No temáis nada de nosotros que somos vuestros amigos, y sabed que deseamos la paz y la prosperidad de vuestra ciudad... Que los que han combatido contra nosotros estén sin temor: los franceses no conocen la venganza después de la victoria. Os ofrecemos una mano amiga. ¡Viva Sonora! Dios y Libertad".

Raousset trató en seguida de apoyar su conquista en un partido favorable a la independencia de Sonora. Al día siguiente del combate se puso a escribir cartas a varias personas que reputaba influyentes, exponiéndoles su plan e invitándolas a secundarlo. Por fortuna —¡y a pesar de todo!— el sentimiento de lealtad a México, aunque debilitado, no estaba extinguido, y el conde no recibió más que repulsas.

El conde era hombre de tal carácter que fácilmente desistía de una empresa cuando tropezaba con obstáculos. Persuadido de que con su pequeña hueste no podría dominar el estado, y cediendo a los consejos de varios amigos que le escribieron para sugerirle que entrase en arreglos con la autoridades mexicanas, se decidió por esto último. El 21 de octubre reunió en su casa a los principales vecinos de Hermosillo y les manifestó su propósito de entregar la ciudad y dejar el país, a condición de que se le franqueara el camino a Guaymas, donde embarcaría.

Manuel Gándara, comandante de las fuerzas locales, pensando que *a enemigo que huye, puente de plata,* y de acuerdo con la opinión de los demás vecinos, trasladó las proposiciones de Raousset al general Blanco y al gobernador Cubillas; Blanco las rechazó, considerándolas absurdas.

Raousset dejó Hermosillo el 23 por la tarde y se detuvo en Seris. Blanco trató de perseguirlo y de evitar que llegara a Guaymas. Pero no tenía hombres. El jefe de la guardia nacional le avisó que sólo disponía de 30 infantes. ¡México no contaba con fuerzas ni para deshacer una banda de aventureros!

Lo más que se pudo hacer fue lo que hizo el teniente José María Flores, el que atacó la retaguardia de los franceses en el paraje de las Avispas. El resultado de la acción fueron 6 franceses muertos, 4 prisioneros y la captura de 64 fusiles, 3 barricas de pólvora, 4 rifles y 18 mulas aparejadas.

FIN DE LA EXPEDICION

Raousset siguió hacia Guaymas, puerto al que Blanco quiso impedir que entrara; pero los vecinos pensaban de otro modo. El ayuntamiento se reunió y acordó pedir al teniente Antonio Campuzano, comandante militar de la plaza, que comunicara al general Blanco que la población no quería pelear. Campuzano transmitió el mensaje, que fue enviado por Blanco al secretario de guerra, con estas observaciones:

"La simple lectura de estas notas basta para probar que hay un pueblo y una guardia nacional que no han podido decidirse a defender sus intereses, su libertad y la independencia de su patria... yo no me determiné a abandonar el proyecto de defender Guaymas hasta que perdí toda esperanza de animar a la guardia nacional".

Las anteriores, amargas palabras nos revelan toda la desgracia de México: un pueblo que no quiere defenderse, que se entrega sin luchar.

El ataque de Flores evitó, por lo menos, que Raousset llegara a Guaymas tan pronto como se lo proponía. El conde cayó enfermo por aquellos días y tuvo que acampar con su gente en el rancho de Jesús María. Dirigió entonces una carta a Blanco pidién-

dole una entrevista; Blanco accedió; Raousset le protestó que *"había sido engañado, que había cometido un gran error y que deseaba saber si había un medio de repararlo que fuese compatible con la conservación de su honor"*. Acordóse una suspensión de hostilidades, durante la cual Blanco obtuvo la rendición de los aventureros, que no fue firmada por su jefe. El documento contenía estas declaraciones:

> *"Los abajo firmados, miembros de la compañía francesa de que es comandante el conde Gastón de Raousset de Boulbon, declaran que han venido a este país con una intención sana, y que engañados porque se les aseguraba que no se les quería dejar trabajar las minas, han hecho la guerra, sin saber en realidad por qué combatían, ni a qué aspiraban; declaran que se les había dicho que un partido de los que existen en el estado les ayudaba, y pretendía que les prestaran los franceses la cooperación de su fuerza para combatir a las personas que se hallaban en el poder; declaran que fueron engañados y que están convencidos de haber obrado de una manera ilegal... declaran por último que sus deseos son celebrar la paz con el general don Miguel Blanco..."*

El documento termina con los siguientes artículos:

> *"1o.—Todos y cada uno de los ciudadanos franceses que suscriben la presente acta reconocen y protestan obedecer las leyes y autoridades del país, especialmente la de Don Miguel Blanco, comandante de Sonora; 2o.—Se disolverá hoy mismo la compañía francesa; 3o.—El general Blanco garantiza bajo su palabra de honor a los ciudadanos franceses sus vidas y seguridad personal".*

Convenio éste muy honroso... pero para los franceses, a los que ni siquiera se les recogieron sus armas. México tuvo que pactar con una partida de piratas, en vez de tratarlos como se trata a los

delincuentes. Y el jefe de ellos no pasó ni por la humillación de firmar el documento.

Autorizó Blanco el embarque de los franceses. Los vecinos de Guaymas pagaron los gastos del viaje. ¡Hasta eso! Sólo faltó que los despidieran con flores y lágrimas.

Con mucho respeto se le dijo al conde que tenía que abandonar el suelo mexicano. Como a Guaymas llegaban pocos barcos, lo mandaron a Mazatlán, donde se embarcó con destino a San Francisco, lugar en el que prepararía la segunda expedición.

CAMBIAN LAS COSAS

Mientras el conde Raousset se halla en California, las cosas sufren un cambio en México. Arista renunció a la presidencia el 6 de enero de 1853 y fue suplido por el presidente de la Corte, Juan Bautista Ceballos, el que hizo algo que pedía la nación a gritos: disolver el congreso culpable de tantos males. Entre tanto, cundía la revolución cuyo fin era la vuelta de Santa Anna al poder. Pusiéronse de acuerdo los generales. Ceballos renunció. Los jefes de armas nombraron depositario interino del Ejecutivo a un buen señor llamado Manuel Lombardini. Se hicieron elecciones y Antonio López de Santa Anna obtuvo el triunfo. El 1 de abril volvió el desterrado y fue recibido como un salvador. Santa Anna nombró jefe de su gabinete a un estadista: Lucas Alamán, quien aplicó su extraordinario talento y su experiencia política a organizar el gobierno. Era necesario consolidar la autoridad, dándole coherencia y unidad; erradicar los elementos de discordia; crear una fuerza respetable que garantizara la paz y la integridad del territorio; levantar el espíritu nacional; fortalecer las instituciones del país. Todo esto era necesario, y a todo proveyó el genio prudente y constructor de Lucas Alamán.

Se confió la Secretaría de Hacienda a don Antonio Haro, quien desde luego la puso en marcha. Se reprimió el libertinaje de la prensa, considerando que era oportuno *"reconocer la necesidad de restituir a la autoridad suprema el respeto que le habían arreba-*

tado las exageraciones democráticas". Para alentar el amor a la patria, encarnado en los héroes más puros de nuestra historia independiente, o sea en los mexicanos que murieron luchando contra el invasor norteamericano, el gobierno decretó que fuesen exhumados y puestos en sepulcros dignos los despojos de los patriotas caídos en Palo Alto, la Resaca, Sacramento, Angostura, Cerro Gordo y valle de México.

En fin, el gobierno inspirado por Alamán empezó a *gobernar* realmente, es decir, a dirigir la zarandeada y convulsa sociedad mexicana hacia el orden y la prosperidad.

OTRO LENGUAJE

Los filibusteros iban a aprender muy pronto que en México había un gobierno resuelto a hacerse respetar, que había pasado el tiempo de los congresos ineptos y los presidentes medrosos.

En mayo de 1853 se empezaron a recibir en México noticias de que el conde Raousset preparaba en San Francisco otra expedición contra Sonora.

Alamán, secretario de relaciones, dirige con este motivo una nota al enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en México, Alfredo Conkling, en la que le recuerda que es un deber del gobierno que representa impedir que la expedición se organice y marche. En seguida le pide que haga saber a "*los que desconociendo las leyes divinas y humanas no vacilan en turbar la paz de dos pueblos amigos, hollando sus pactos y comprometiendo sus relaciones, que el gobierno de México, con mucho sentimiento, pero por la imperiosa necesidad de hacer que se respete su territorio y sus derechos, ha tomado medidas que hará efectivas en ellos (los aventureros)*" [5].

En otra comunicación, fechada el 17 de mayo, Alamán dice al ministro Conkling:

> *"...en San Francisco de la Alta California, y a las órdenes del conde Raousset Boulbon se ha preparado una expedición de 2,000 hombres con el fin de invadir el estado de Sonora, expedición que ha sido organizada y dispuesta sin reserva alguna, a ciencia y paciencia de las autoridades, sin que éstas la hayan sofocado, como fácilmente pudieran haberlo hecho en su origen, y sin que según parece, la autoridad militar de aquel Estado haya tomado las medidas necesarias para desbaratarla e impedir su realización...*
>
> *"El gobierno de la república ha tomado desde luego las providencias que el caso exige, mandando avanzar tropas al referido estado de Sonora, a fin de que si llega la expresada expedición, sea debidamente reprimida, y previniendo que los individuos de ella que fuesen aprehendidos, sean tratados con todo el rigor de las leyes como piratas, cualquiera que fuese su nacionalidad; porque estando México en paz con todo el mundo, no puede reconocer ninguna en unos hombres que con designios tan torcidos como notorios, pretenden introducirse a la república para apoderarse de una parte de su territorio; y del mismo modo ha dispuesto el gobierno que, si desgraciadamente y contra su esperanza, algunos mexicanos se adhieren o auxilian esa invasión, sean también considerados y castigados como traidores a su patria.*
>
> *"El infrascrito, al cumplir con el deber de poner esta nueva tentativa contra el territorio nacional en conocimiento de S. E. el señor Conkling, no duda que S. E. tomará por sí mismo las providencias convenientes, sirviéndose darlo a conocer a su gobierno con la prontitud posible, a fin de que por uno u otro medio se impida, si aún es tiempo, la realización de tan reprobada empresa; pero no cumpliría el infrascrito con las órdenes que ha recibido de S. E. el presidente de la república, si al mismo tiempo no protestara salvos de la manera más solemne, como lo hace, los daños y perjuicios que puedan resultar a esta Nación y a sus ciudadanos y que ya han resultado a aquélla, por el envío de tropas para hacer frente a dicha expedición, cuando contra el derecho de gentes y los deberes de una buena vecindad, ha sido públicamente combinada, ar-*

[5] ALAMÁN LUCAS, *Documentos Diversos*, t. I, p. 499. Editorial Jus. Méx., 1946.

mada y no reprimida, en el territorio de una nación amiga, en plena paz y buena armonía con ella" [6].

Lenguaje digno, el de las anteriores notas. Así habla, por voz de un patriota, una nación que quiere ser respetada y respetable.

Conkling se limitó a contestar que *"en cuanto a la resolución que hay de tratar a los individuos de cualquiera nación que sea, que habiendo tomado parte en la expedición de que se trata sean hechos prisioneros como* hostes humani generis, *el infrascrito se contenta por ahora con observar que espera sinceramente no llegue la ocasión de ejecutar un designio que sólo una necesidad muy apremiante puede justificar, y cuya ejecución no podría menos de despertar la más profunda sensibilidad"* [7].

Reveladoras palabras las anteriores: si México, de acuerdo con el derecho de gentes, colgaba piratas que atacaran su territorio, "se despertaría la más profunda sensibilidad" ¿de quiénes? No podría ser de otros que de los cómplices o encubridores de los piratas.

¡A PELEAR!

Al mismo tiempo que por la vía diplomática se trataba de impedir la empresa de Raousset, el gobierno, según lo tenía anunciado, se preparó a rechazarla.

El 16 de mayo dirigió una orden a don Manuel María Gándara, gobernador y comandante general de Sonora, en la que le decía que:

"sin duda tendría ya conocimiento de que en la Alta California, a vista, ciencia y paciencia de aquel estado norteamericano, se había costeado, preparado y equipado una expedición, según unos avisos, con 1,500, y según otros, con 1,200 hombres, para invadir el estado de su mando y posesionarse de su territorio, marchando bajo las órdenes del conde Raousset Boulbon, tan conocido por sus anteriores agresiones. S. E. (el presidente de la república) se ha servido disponer, con presencia de estas ocurrencias, que V. E. ponga sobre las armas a todo el Estado, llamando al servicio a todos los hombres de 16 a 50 años, tomando todas las rentas, creando y apurando todos los recursos, a fin de que sea salvado a toda costa el territorio nacional; en el concepto de que la más pequeña omisión en el desempeño de obligaciones tan sagradas, comprometerá toda su responsabilidad" [8].

En la misma nota se le hacía saber que se había prevenido a los gobernadores y comandantes generales de Sinaloa y Chihuahua, así como al de Baja California, que le auxiliasen con armas, municiones, hombres y cuanto más les fuese posible, mientras el mismo presidente Santa Anna organizaba y hacía marchar una fuerte división, que dejase bien puesto el nombre de la república, y sostuviese sus imprescriptibles derechos.

"Si contra toda esperanza —añadía la nota— *algún mexicano, directa o indirectamente, favoreciera las miras de los invasores, le hará castigar V. E. con el rigor y con las penas que las leyes imponen a los traidores, y a los extranjeros que invaden y hostilizan a la nación bajo una bandera desconocida, cuando la república felizmente se encuentra en paz y relaciones con todas las naciones del globo, les tratará y castigará irremisiblemente como piratas".*

Este era el lenguaje que la nación quería oír, y el que escuchó con entusiasmo. Que a los traidores se les fusilara por la espalda; que a los piratas se les colgara; y que todo mundo, de los 16 a

[6] Ib., p. 503.
[7] Ib., p. 502.
[8] Zamacois Niceto, *Historia de México*, t. 13, p. 662.

los 50 años, tomara las armas en defensa del territorio. Recursos... tomarlos de donde los hubiera.

Así fue creando el gobierno nacional guiado por Alamán el espíritu de defensa, la voluntad de resistir y la decisión de salvar el decoro de México. Si el conde Raousset, en su primera expedición, halló un país *dado*, entregado, fue porque el espíritu derrotista chorreaba de arriba, de lo más alto del gobierno, donde estaban hombres que no tenían idea siquiera de la vergüenza. Ahora las circunstancias eran otras. Ahora había el propósito de demostrar que los mexicanos no éramos un pueblo de afeminados cobardes, dispuestos a entregarnos al primer aventurero que se presentara. Y eso se demostró.

DELIRIO DE CONQUISTA

De vuelta en California, el conde Raousset no puede apartar su mente de Sonora. Sus proyectos los expone así en una carta:

> *"Que tenga a mi disposición una suma de 150 o 200 mil pesos, y yo respondo de todo: proclamaré la independencia y llamaré a Sonora, como una nueva California, la inmigración de todas partes del mundo. Mi expedición se compondrá exclusivamente de franceses, todos antiguos soldados y marinos; la organización será absolutamente militar, con todas sus consecuencias. Estos hombres estarán perfectamente advertidos de que si van a Sonora es para batirse, y que para ellos no habrá más fortuna que la que penda de la punta de sus bayonetas; que si son vencidos, serán infaliblemente pasados por las armas. Será necesario vencer o morir. Desde este punto de vista, nada tengo que desear, porque he encontrado ya toda mi gente, y está resuelta, como nunca otros hombres lo estuvieron en el mundo. Después de mi regreso, muchos americanos han venido a verme, a hacerme proposiciones y casi me han tentado; pero he resistido la tentación. Yendo con americanos perdería mi prestigio a los ojos de los sonorenses, porque ellos detestan a sus vecinos del norte. Yo no he querido convertirme en servidor de una idea que me pertenece, y de la que quiero ser el dueño..."*

Para la realización de su idea le falta dinero. No lo encuentra en San Francisco, y se queja de que los hombres que lo tienen no quieran ponerlo al servicio de su empresa. Dice:

> *"¡Vaya usted a pedir inteligencia y corazón a esta sinagoga de usureros que se llama San Francisco! Hay aquí honorables rateros que poseen 10 millones de pesos; hay miserables que roban o pierden en el juego 100,000 pesos en una sola noche; y hay bribones que arrojan en el año 25 o 30 mil francos sobre el vientre de una... y de todo este mundo innoble, americanos y franceses, nadie consagraría un óbolo a la fecundación de una idea que puede dar comodidad a millares de hombres, abrir a la humanidad un nuevo camino. Ninguno de estos millonarios en quienes alguna acción noble rehabilitaría sus millones vergonzosamente adquiridos, habrá que venga a decirme:—Os he comprendido; lo que hacéis es grande, pero os falta el dinero y aquí lo tenéis; para mí el dinero es nada, y para vos es todo. ¡Triunfad! —No, quienes pueden dar no lo darían si no fuese con la esperanza de arrancar una fuerte usura de mi sangre y la de mis compañeros... todo es comercio: ellos pondrían su dinero, yo, mi cabeza. ¡Sí, realmente, mi idea es grande!"*

VIAJE A MEXICO

Al saber el ministro de Francia en México la resolución tomada por el gobierno de rechazar por la fuerza la expedición proyectada y de tratar como piratas a los invasores, intervino con el propósito de frustrar la aventura. Escribió, en efecto, al conde Raousset y le hizo ver que su intento sería reprobado por todo el mundo civilizado, que lo infamaría. Raousset contestó diciendo

que si había concebido aquel proyecto era para vengarse de la administración de Arista, quien lo engañó; pero que pesando las razones del ministro de Francia, y en vista de que el gobierno de México era otro, ponía su espada a la disposición del ñuevo jefe de la república.

Levasseur, el ministro, que no había perdido de vista el proyecto de fundar una colonia francesa en Sonora —proyecto que el gobierno consideraba con simpatía, pues era necesario poblar el territorio desierto—, habló con don Lucas Alamán para convencerle de que era necesario escuchar a Raousset, cuyos servicios podrían ser útiles al país, necesitado de colonos europeos que podrían significar un dique a las ambiciones yanquis.

Alamán, con muy buen sentido, aceptó la proposición del ministro francés. Con ello, el peligro de la expedición quedaba conjurado. Obtuvo el asentimiento de Santa Anna, y el 21 de mayo de 1853 se giraron instrucciones a los jefes de los puertos de Mazatlán y Acapulco en el sentido de que permitiesen desembarcar al conde y seguir su camino a la capital.

Por desgracia, 10 días después de que esas órdenes fueron giradas, el 2 de junio de 1853, falleció el hombre que habría podido manejar aquel negocio con sagacidad y discreción: don Lucas Alamán. Muerto éste, al gobierno de Santa Anna le faltó la inteligencia lúcida que lo guiaba.

Raousset desembarcó en Acapulco el 23 de junio. Poco después fue recibido por Santa Anna, quien lo trató amablemente. El 21 de julio sometió Raousset al presidente un proyecto de colonización. Traería 6,000 colonos en 6 años, elegidos con esmero y acostumbrados al trabajo; vendrían solteros para que se casaran con criollas y se arraigaran en su segunda patria. Posteriormente presentó el conde un proyecto distinto. Proponía que se le diese un mando en el ejército y un cuerpo de tropas para hacer la guerra a los apaches, más 50,000 pesos mensuales para equipar, vestir y transportar su gente. Ambos proyectos fueron sujetados al examen de las secretarías de fomento y guerra, las que opinaron en contra de los mismos. A Gándara, gobernador de Sonora, se le pre-

guntó si el conde sería bien recibido, a lo que el gobernador contestó que no.

Santa Anna todo lo que pudo ofrecer a Raousset fue un nombramiento de coronel de las guardias nacionales, que rehusó. En vista del fracaso de sus proyectos, decidió regresar a California; el 27 de octubre escribió una carta a uno de sus posibles socios, en la que decía:

> *"Regreso a California y voy a consagrarme a derribar por todos los medios posibles, el imbécil sistema que cierra a la industria del hombre verdaderamente digno de llamarse así, uno de los países más ricos de la tierra".*

Volvió, en efecto, a California, con la resolución, no ya de invadir Sonora, sino de formar una nueva nación con el territorio de este estado y de los de Sinaloa, Chihuahua y Durango. El plan consistía en despertar la ambición de algunos mexicanos residentes en Sinaloa y especialmente la de su gobernador Francisco de la Vega, hombre de mucho poder en el estado. Este se pronunciaría contra el régimen central de Santa Anna y en favor de la federación y sería auxiliado por los aventureros que desembarcaran.

PREPARATIVOS DE INVASION

El gobierno de Santa Anna reiteró su protesta ante el de Washington por permitir que se organizara en territorio de Estados Unidos un acto de agresión contra México. Al mismo tiempo expidió una orden a los comandantes generales de la frontera en que se les decía que *"considerando que era el acto más escandaloso de agresión el que cometían las partidas de aventureros que se reunían y armaban para invadir el territorio mexicano, y que era preciso castigar severamente a los filibusteros, se ordenaba que a todos aquellos a los que se cogiese con las armas en la mano, se les fusilase en el acto, pues siendo piratas no se les debía tratar con consideración ninguna".*

Tomó entonces el gobierno otra determinación que acusa extraordinaria torpeza, y fue la de atraer a Sonora inmigrantes franceses *que servirían durante un año en las filas del ejército nacional.* De hecho se abrió —dice Ramírez Cabañas— una oficina de reclutamiento en San Francisco, donde el cónsul mexicano Luis del Valle, con la ayuda del cónsul francés Dillon, contrató muchos aventureros de aquellos con los que contaba Raousset para su empresa. El 2 de abril de 1854, el barco inglés *Challenge,* contratado por el gobierno de México, salió de San Francisco a Guaymas, con 386 franceses a bordo. Esto es, el gobierno mexicano le proporcionaba a Raousset los medios de facilitar la invasión. ¿Cómo explicar tan grande estupidez?

A los pocos días de embarcada la primera remesa de aventureros, el cónsul Valle previno al gobierno que tomara precauciones, pues tenía noticias de que Raousset estaba en vísperas de embarcarse con destino a Sonora, donde proclamaría el federalismo, con el auxilio de algunos mexicanos y de los franceses recién desembarcados.

Santa Anna nombró gobernador de Sonora, en lugar de Gándara, al general José María Yáñez, hombre prudente, tranquilo y valeroso, quien partió luego a Sonora, y en vez de radicarse en Ures, la capital, se trasladó a Guaymas, para vigilar a los aventureros, que le crearon no pocos problemas.

EL CONDE SE EMBARCA

Como sus hombres ya estaban en Guaymas, Raousset se apresuró a seguirlos. Con 2,000 dólares que le prestó un banquero italiano, compró una goleta, *La Belle,* que desplazaba 10 toneladas, y sin más compañía que una docena de hombres, se embarcó rumbo a las playas de Sonora el 26 de mayo.

La navegación fue accidentada. El viaje se interrumpió al sufrir averías la nave. Por fin, el 25 de junio llegaron a una ensenada, a 15 leguas al norte de Guaymas, de donde partieron el 27 hacia Punta Tordilla, un sitio muy propio para albergar piratas.

Desde aquí mandó aviso de su llegada a los franceses de Guaymas. Los emisarios fueron aprehendidos, pero transmitieron a los jefes de la compañía las instrucciones del conde: que se apoderasen de Guaymas por sorpresa, desarmaran la guarnición y pusieran presos a los jefes y oficiales mexicanos. El comandante Desmarais opinó que no era fácil tomar la villa por sorpresa y prometió que al día siguiente enviaría una canoa para que piloteara *La Belle* hacia el puerto.

Al atardecer el 1 de julio, *La Belle* atracó en Guaymas, Raousset saltó a tierra y fue a hospedarse en la casa del comerciante francés Pannetrat, donde reunió a los oficiales, y celebrada una conferencia con ellos, escribió una carta al general Yáñez, solicitando una entrevista, que le fue concedida. Reuniéronse por la noche el conde aventurero y el general mexicano; éste, demasiado blando, o poco fiado en su fuerza, trató de convencer a Raousset de que desistiera de cualquier propósito de revuelta y regresara a San Francisco. Raousset se mostró razonable al principio, pero luego decidió quedarse. La situación de Yáñez era realmente comprometida, según la expuso el 6 de julio a la secretaría de guerra. No disponía sino de 200 hombres de tropa y los recursos estaban agotados. Raousset, al tiempo que celebraba pláticas con Yáñez, desarrollaba sus planes de ataque. Yáñez procuró en vano disuadir al conde. Todavía el 13 de julio habló a Raousset de paz. Fue desoído.

LA BATALLA FINAL

Raousset llevó adelante su propósito agresivo, y el 14 de julio envió al general Yáñez este ultimátum:

> *"General: en vista de las disposiciones que usted toma contra nosotros, y comprendiendo muy bien que dentro de algunos días seríamos atacados y quedaríamos a la merced de usted, le pedimos formalmente garantías, es decir, rehenes, municiones y artillería. En el caso contrario nos veremos obligados*

a garantizarnos con las armas: unos cuantos minutos deben bastarle a usted para responder".

Yáñez, a quien difícilmente se le encendía la sangre, respondió a la insolencia del aventurero con una nota comedida y cortés, en la que ofrecía dar una resolución definitiva varias horas después. Raousset fingió conformidad; pero Yáñez tuvo noticia de que apenas recibida la respuesta, el conde, puesto a la cabeza de sus aventureros, que eran cerca de 400 entre franceses y alemanes, se disponía a atacar las posiciones mexicanas.

En efecto, Raousset había ya repartido entre sus oficiales las siguientes instrucciones:

"*Obrar al primer tiro sin escuchar parlamentario. Formar en cada compañía una sección compuesta de los mejores tiradores. Hacerles marchar por las azoteas convergiendo hacia el cuartel mexicano. Los tiradores tendrán que proteger la marcha de sus camaradas y tirarán especialmente sobre la artillería.*

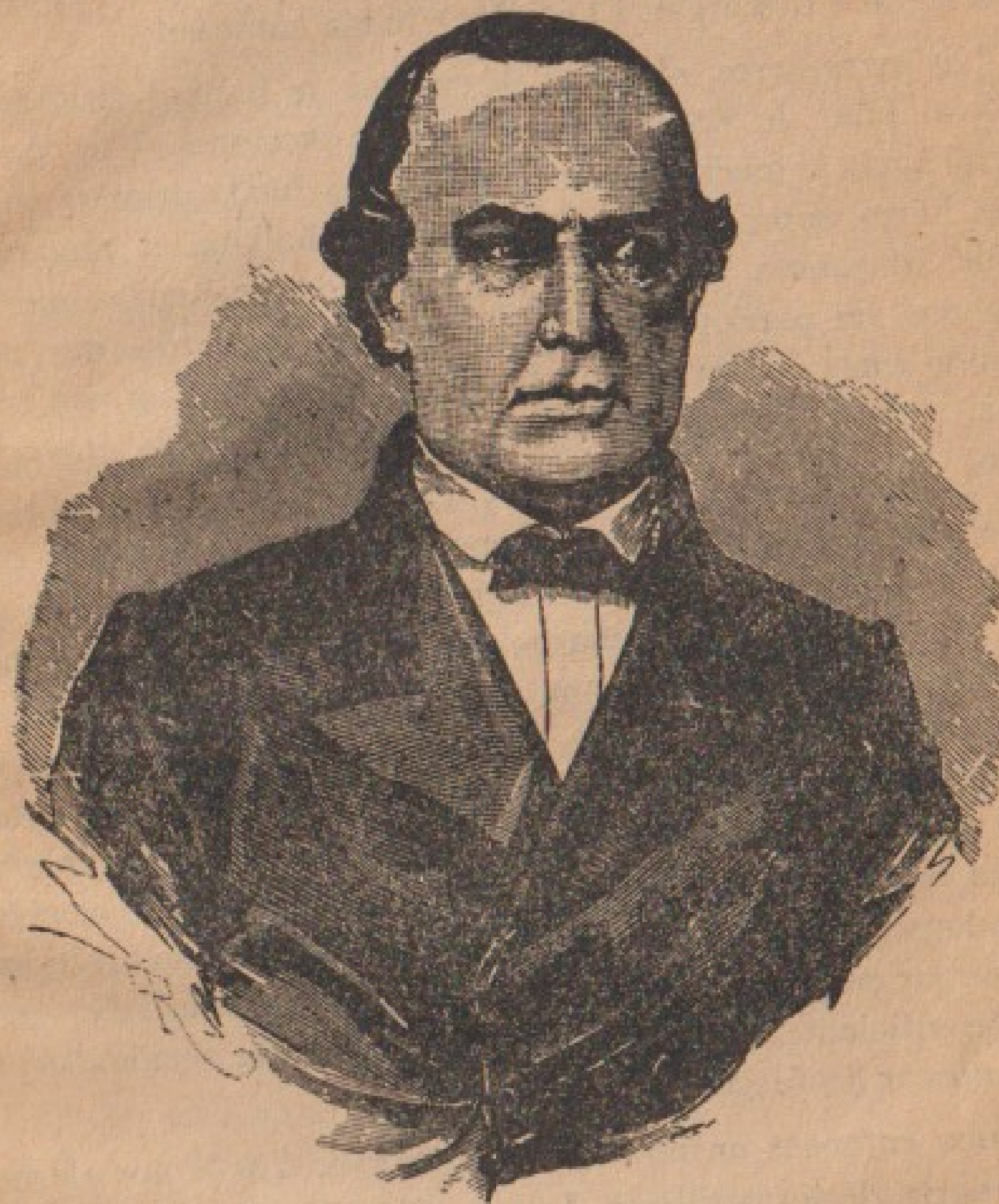
"*Se asaltará el fortín del muelle por la cuarta compañía. Tomando el fortín, quedará allí media compañía, y marchará la otra media sobre el cuartel enemigo, dando vuelta por el lado del mar, donde se reunirá con los alemanes.*

"*La primera y segunda compañías atacarán el cuartel por la parte del cerro; la tercera pasará más adelante, de modo de rodear el cuartel por el camino de Hermosillo, dirigiendo al paso de carrera una sección sobre dicho camino.*

"*Tirar lo menos posible. Correr sobre la artillería, cargando a la bayoneta. Una vez tomada la artillería, volverla inmediatamente contra los mexicanos.*

"*El* negocio hecho, *perseguir enérgicamente al enemigo y hacerle prisioneros. El cuartel será ocupado por la artillería*".

Raousset, a la cabeza de los agresores, recomendó la puntual ejecución de sus instrucciones; ordenadas sus filas, marcharon al ataque sobre las posiciones que ocupaba el general Yáñez.



General D. José María Yáñez

Este, avisado oportunamente, se dispuso a recibirles. Su gente, compuesta de soldados del ejército y urbanos de Guaymas, ascendía a 300 hombres. Apresuradamente tomó Yáñez sus últimas disposiciones para recibir al enemigo. Arengó a sus soldados, los que contestaron con un solo grito de entusiasmo. En seguida sonaron algunas descargas. El combate había empezado.

Los extranjeros, al dejar su cuartel, se habían dirigido conforme al plan de Raousset, en diversas secciones. Una de éstas marchó hacia el muelle, a tomar el fortín, y fue la primera en romper el fuego, sobre un bote en el que se hallaba el comandante Manuel Maraboto, con varios marineros del resguardo marítimo. Maraboto, un patriota mutilado del brazo izquierdo, que perdió luchando contra el invasor norteamericano, recibió un tiro en una pierna, y de sus compañeros uno fue muerto y otro gravemente herido.

Mientras que dicha sección operaba, otras aparecieron simultáneamente por uno y otro extremo de la calle principal, enfilando el cuartel, y otras asomaron por las calles laterales que daban a la línea de defensa mexicana. Los franceses cargaron con furia sobre la infantería y artillería, pretendiendo llegar al cuartel. Fue el momento de oponer la resistencia más vigorosa. Ardía la calle con el tremendo fuego cruzado. El enemigo logró avanzar por la derecha del cuartel. La artillería quedó sujeta al terrible castigo de los tiradores; escaso el número de los artilleros, herido mortalmente desde las primeras descargas el capitán Mariano Alvarez, sin dotación suficiente las 3 piezas que jugaban en la acción, fue preciso aminorar los fuegos de cañón.

Hubo entonces un momento angustioso. Yacía por tierra la mayor parte de los artilleros. La posición a la derecha del cuartel, asaltada por el conde en persona, fue tomada y herido el teniente de urbanos de Guaymas, Wenceslao Iberri, que defendía aquel punto con unos cuantos soldados. Por el lado del cerro, los franceses habían avanzado hasta caer sobre la calle principal. Por la izquierda del cuartel, el hotel Sonora los abrigaba, y desde dicho hotel hacían fuego certero sobre las guerrillas que estaban a su alcance.

En aquella situación, Yáñez tuvo que meter la artillería para evitar que cayese en poder del enemigo, y para habilitarla a toda prisa de artilleros improvisados.

Mientras tanto, había aflojado el primer ímpetu de los franceses: no adelantaron más, y enardecidos los nuestros, tomaron la ofensiva, con tanto valor en algunos puntos que resultaba temeridad.

Los soldados que estaban en las azoteas y los de las guerrillas, manifestaban singular animación; prorrumpían en vivas entusiastas y rechazaban en todas partes a los contrarios.

Por el lado del mar fueron también rechazados los franceses. Habilitada de nuevo la artillería, Yáñez mandó batir con ella la casa de Miguel Díaz y el hotel Sonora, donde estaban parapetados muchos enemigos. Durante estas acciones el fuego se extendió en un amplio radio. El capitán Francisco Espino, con una sección, atacó y deshizo la fuerza contraria que operaba por la calle del cuartel, como cerrando el camino de Hermosillo.

Otras varias secciones, y con ellas valientes oficiales, veteranos y urbanos, persiguieron sin descanso las guerrillas de los sublevados, a los que fueron desalojando de sus posiciones, y hechos prisioneros, los condujeron al cuartel.

En esta persecución se distinguieron Espino, Camilo Híjar, Miguel Gutiérrez, Anastasio Mesa, Buenaventura Márquez, Sebastián Chacón, Antonio de la Cruz, Federico Larenas, que resultó herido en un muslo, todos ellos oficiales; y los civiles Juan Bazosábal, Manuel Sosa y el joven español Jorge Martinón, profesor de la escuela pública del puerto.

El fortín del muelle se sostuvo, guardado por unos cuantos bravos.

Batiendo la casa de Miguel Díaz, a la derecha del cuartel, tuvieron que hacer los mexicanos muchos esfuerzos. Allí fueron heridos de gravedad el subteniente Antonio Arce y el sargento Antonio Cortés. Por fin, fue tomada a viva fuerza esta posición, defen-

dida obstinadamente por el conde Raousset, quien al abandonarla con los suyos, fue perseguido por la sección que encabezaban Miguel Gutiérrez y Jorge Martinón.

Derrotados los contrarios en este punto, se defendieron en el hotel Sonora, sobre el que el general Yáñez ordenó el asalto. El hotel cayó en fin en poder de las fuerzas mexicanas, con mucha pérdida de franceses.

Luego dispuso Yáñez que cuarenta soldados y una pieza de artillería fuesen a reforzar el fortín. En los momentos de ocuparlo, la goleta *Belle* se daba a la vela, con algunos prófugos.

Al mismo tiempo que esto pasaba, los sublevados, que huían poseídos de un terror pánico, viéndose perdidos y sin esperanza alguna, se refugiaron en la casa del vicecónsul de Francia, declarando que se rendían a discreción.

Se izó entonces bandera blanca en el cuartel francés. Mandó Yáñez cesar los fuegos, y a poco se le presentó el vicecónsul, informándole de la rendición de sus nacionales y pidiéndole gracia para los rendidos. En nombre del presidente, Yáñez ofreció la vida a los secuaces de Raousset. Demasiada clemencia.

La pérdida de los franceses fue de 48 muertos, 78 heridos y 313 prisioneros, entre éstos el conde Gastón de Raousset Boulbon. La pérdida de los mexicanos fue de 19 muertos y 55 heridos [9].

RAOUSSET SE DISPONE A MORIR

El conde Raousset pudo salvarse, huyendo en la goleta *Belle*, pero eso hubiera sido ignominioso, y prefirió caer prisionero a dejar abandonados a los que había comprometido.

Llevado a la cárcel, se mostró sereno y resignado. Sabía que la muerte le esperaba. Yáñez, caballero, lo trató con más consideraciones de las que merecía.

A los 27 días de prisión fue condenado a muerte. Entonces pidió permiso al general Yáñez para escribir a su hermano Víctor,

[9] El relato de la batalla está tomado del parte que rindió el general Yáñez a sus superiores, reproducido en la *Historia* de Zamacois, t. 13, p. 792.

residente en Francia, y otras personas de su familia. La carta a su hermano dice así:

"Guaymas, agosto 10 de 1854. Mi bueno y querido hermano: Cuando recibas esta carta ya no perteneceré al mundo. He aquí en resumen las circunstancias que han ocasionado mi muerte. Dejé San Francisco el 25 de mayo; te he escrito ya el cómo y el por qué. Después de un viaje azaroso en el que naufragué, permaneciendo 12 días en una isla desierta y sin agua, acabé por llegar a Guaymas, donde desembarqué el 1 de julio. El 13 se sublevaron los franceses en número de 300. Los mexicanos se han batido con mucho valor. Su general es hombre de valor incontestable, que ellos han sabido secundar. El combate comenzó a las 4 de la tarde; a las 6, los franceses, desalentados, y perdida una tercera parte de su efectivo, se refugiaron en la casa del agente consular francés, y se rindieron a discreción. Varios me aconsejaron que huyese; me era fácil hacerlo, reunir una docena de marineros, apoderarme de un buque y ganar el mar. Perdóname, mi querido hermano, que no lo hubiese hecho; hubieran llamado a esto una fuga. Ayer, 9 de agosto, he sido juzgado por un consejo de guerra y condenado a muerte; mañana o pasado mañana seré fusilado. El general Yáñez ha tenido a bien permitirme que escriba y darme seguridades de que sin sufrir ninguna humillación seré fusilado de pie, con las manos libres y sin vendarme los ojos.

"Cuando me dejé hacer prisionero, sabía que hacía el sacrificio de mi vida. Después de 27 días que he permanecido preso e incomunicado, he tenido tiempo suficiente para ver venir la muerte y pensar en lo que es cuando uno la recibe a los 36 años, con sangre fría, con entereza, en la plenitud de la vida y de la fuerza.

"No vayas a creer que esta situación haya sido para mí un motivo de sufrimiento; no te afecte la idea de que sea preciso considerar este tiempo como una larga y dolorosa agonía. No, hermano mío, te engañarías; muero con grande serenidad.

Hay en mi vida una suma de bien y de mal, y considero el suplicio como una expiación del mal. El poco bien que he hecho, y sobre todo el que he querido hacer, me dan la calma de conciencia.

"Tengo una fe profunda en la inmortalidad del alma; creo firmemente que la muerte es la hora de la libertad, y creo firmemente en la infinita misericordia de Dios hacia sus creaturas.

"Cuando me engolfo algún tiempo en este orden de ideas, llego a exaltarme hasta el punto de creer que la hora de mi muerte será la más feliz de mi vida.

"Ya ves, pues, hermano mío, que muero tranquilo, y no debe apesararte el pensar de qué manera pasaré mis últimos instantes. He rogado a un oficial mexicano que recoja de mi cadáver una medalla que llevo al cuello. Te la remitirá con un amigo suyo que va a París; la entregarás a mi sobrina como un recuerdo mío, y le dirás que, al contemplarla, se acuerde siempre de que la mejor belleza de la mujer es la prudencia; procura dar a su vida ocupación y objeto, o tiembla por su porvenir; desconfía de la educación universitaria, la más detestable que conozco.

"Di a tu buena y excelente esposa que haga a sus niños orar por mí; que acostumbre a esos angelitos a hablar de su tío Gastón y amar su memoria. ¡Excelente Lorenza! ¡Cuántas veces en el curso de mis azares he pensado que hubiera sido mejor para mí vivir tranquilo y retirado en las alegrías santas de la familia con una esposa tan buena como ella!

"Tú sabes quiénes eran mis amigos; diles que no les he olvidado; en el dintel de la tumba a que mañana debo bajar, todos aquellos que me han amado me vienen a ser más caros; y de lo más profundo de mi corazón les agradezco las horas de alegría que su afecto me proporcionó. No olvides, sobre todo, a Edmundo de Nazey, que es quien más me ha querido y a quien mejor he pagado su afecto.

"Adiós, hermano mío; continúa viviendo como lo has hecho hasta hoy, y seguirás el verdadero camino; sigue consagrándote a tu mujer y a tus hijos; hazme volver al seno de tu familia por el pensamiento, y cree que el no pasar algunas horas con ella antes de morir, es la más viva pena que me atormenta. ¡Adiós, todavía, adiós por la última vez y hasta vernos en un mundo mejor! GASTÓN RAOUSSET DE BOULBON".

"LA MUERTE, COMO UNA FIESTA"

A su mismo hermano escribió otra carta con estas expresiones:

"Mi buen hermano: El señor Calvo te dará sobre mi muerte los pormenores que tú deseas saber, y podrá asegurarte, de visu, *que me he conducido en ese supremo momento como corresponde a un caballero ahora que me hallo en capilla.*

"El mismo señor Calvo te explicará lo que eso quiere decir. Acaba de salir de aquí el cura de Guaymas, que es un hombre inteligente, instruído y amable; un hombre como es necesario para endulzar lo que hay de extraño e incorregible en mí.

"Pasado mañana veré el último disparo de fusil. Mis últimas horas que debían sólo pasarse tranquilas, las ha endulzado este excelente sacerdote. Recuerdo las ideas religiosas de mi juventud, y veo aproximarse la hora de mi muerte como la de una fiesta.

"Si el Padre Deschamps se encuentra siempre en Aviñón o está en Lyon, refiérele lo que digo, pues estoy seguro de que se alegrará mucho. Si tus hijos incurrieren algún día en errores religiosos, como algunas veces me ha sucedido a mí, léeles esta carta y diles que su tío Gastón, lleno de vida, de fuerza y de razón, murió recibiendo los consuelos de un sacerdote, y se manifestó intrépido; y francamente no es el temor el que me hace obrar de este modo. No veo en Dios un ser terrible; considero en El un ser infinitamente bueno y misericordioso, y si me acerco a El es arrastrado por el sentimiento y la necesidad de amarle. Es necesario, hermano mío, deciros adiós por úl-

tima vez. Si el señor Calvo va a Francia, recíbele como a un amigo, pues tu hermano, próximo a morir, te lo pide.—GASTÓN".

LA EJECUCION

Al alba del 12 de agosto de 1854, el conde Gastón de Raousset-Boulbon fue sacado de la prisión. Caminó tranquilo, sin arrogancia. Llegó a la plazuela del muelle, lugar del suplicio, a las 6 de la mañana. De pie ante los soldados, descubiertos los ojos, libres las manos —como lo había pedido—, recibió la descarga de los fusiles y cayó sin vida.

La aventura había terminado para siempre.

Un hombre yacía en la tierra que soñó hacer suya, junto al mar por donde había venido.

María Antonia, la de las trenzas rubias, la novia del pirata, lloraba en silencio.

El buen cura de Guaymas, que llevó al noble corazón del conde paz y alegría en los últimos momentos de su vida, oraba por su alma.

El llanto contenido, la oración, el rumor de las olas, el silencio consternado de un pueblo que siempre se compadece de la desgracia, formaron el epílogo de la tragedia de un hombre que había buscado inútilmente la dicha por los caminos del mundo y que la vino a encontrar en Dios, en la oscura cárcel de un puerto mexicano.

LA RAZON DEL FRACASO

La empresa del conde Raousset pudo haber tenido un desenlace diferente.

México era un país revuelto, sin medios para estorbarla.

Ya hemos visto con qué facilidad se apoderó Raousset de Hermosillo, qué poca confianza tenía Yáñez en las fuerzas de que

disponía para repeler el ataque de los franceses sobre Guaymas y en qué apuros se vieron aquellos 300 patriotas para derrotarlos.

En medio del desastre nacional, ese puñado de mexicanos salvó el decoro de la raza.

Pero es necesario reconocer que, si el enemigo no hubiese estado atenido a sus propios, escasos recursos, habría llevado adelante su propósito, y ahora estaríamos escribiendo la historia de una derrota más.

La verdad de todo esto es que los Estados Unidos nunca bendijeron los proyectos del conde aventurero. Por el contrario, se mostraron dispuestos a frustrarlos.

El mismo Raousset declara que no halló ayuda en las *sinagogas de usureros* de San Francisco. Nadie quiso prestarle los 200 mil pesos con los que, según sus cuentas, habría asegurado la ejecución de sus planes.

Cuando el gobierno de Santa Anna empezó a atraer inmigrantes franceses a Sonora, las autoridades de California se alarmaron. "*Este audaz movimiento de Santa Anna* —decía un periódico— *no podemos menos que calificarlo de agrio y de impolítico*".

Se sujetó a proceso al cónsul francés en San Francisco y al agente del Valle, que enganchaba inmigrantes por cuenta del gobierno de México.

Claro está que los norteamericanos no veían con agrado la posibilidad de establecer en Sonora una colonia formada de franceses y alemanes, cuya prosperidad podría significar un obstáculo a su dominación.

Por eso Raousset se encontró solo con sus sueños.

Nos parece que en la mente de don Lucas Alamán existió la idea de poblar las tierras desiertas de Sonora con inmigrantes europeos. El proyecto era bueno, sin duda; muerto Alamán, el gobierno de Santa Anna quiso llevarlo a la práctica, pero inoportuna y torpemente.

El conde Raousset intentó, por su parte y contra México, crear una nueva patria para los suyos. El valor de unos mexicanos y la oposición del *coloso* destruyeron su intento.

La noticia del triunfo de los defensores de Guaymas regocijó a la nación. El nombre del general José María Yáñez era dicho con respeto y cariño. Los comerciantes de Sinaloa y Tepic, para testimoniarle su afecto, mandaron forjar una espada en acero toledano, con puño de oro, en cuya hoja hicieron grabar esta inscripción: "Al general José María Yáñez, salvador de la integridad del territorio nacional el 13 de julio de 1854, en Guaymas".

Santa Anna quiso premiar el mérito de Yáñez. Pero los aduladores del presidente, envidiosos de la gloria que el defensor de Guaymas había ganado, lo indujeron a pagar con una ingratitud el servicio prestado por Yáñez a la nación. Zamacois refiere que fue un ministro el que influyó en el ánimo de Santa Anna:

> *"El mal consejero ministro* —dice—, *en una extrevista a solas con Santa Anna, hizo creer a éste que la popularidad que había dado a Yáñez aquel triunfo, podía perjudicar los intereses del gobierno, y aun rebajar el prestigio de éste, puesto que el pueblo empezaba a aplaudir al vencedor del conde Raousset como el general más distinguido de México. Este torcido consejo encontró, por desgracia, acogida en el corazón de Santa Anna, y aunque le apenaba tener que pagar con un castigo un hecho que merecía un premio distinguido, tuvo la debilidad de disponer que se le sometiese a consejo de guerra, para que diese cuenta de su conducta antes de la batalla, en ésta y después. Cuando en el* Diario Oficial *vio el público el artículo en que se vituperaba la conducta del general Yáñez, y que se le sujetaba a un consejo de guerra, después de destituírle del destino de gobernador y comandante general de Sonora, el disgusto contra Santa Anna se manifestó sin embozo. La nota de destitución y en que se le hacía saber a Yáñez que se le sujetaba a un consejo de guerra, fue expedida el 29 de agosto. El digno general recibió aquel escrito con la resignación del hombre honrado, pero con la amargura que causan la injusticia y la ingratitud. Firme en su conciencia, contestó el 23 de septiembre al gobierno diciendo que quedaba enterado de que el general presidente había ordenado se practicase averiguación sumaria del origen y circunstancias anteriores y posteriores a la completa victoria sobre el conde Raousset. 'Abrigando la convicción más firme, añadía, de que he cumplido fiel y lealmente con todos y cada uno de mis deberes respecto de la nación y del supremo gobierno, debo asegurar a V. E. que me someto tranquilo a las resoluciones superiores, dispuesto a rendir la más clara y completa cuenta de mis procedimientos'".*

Así pagó el gobierno al general Yáñez su servicio a la nación: con un castigo.

¡Pobre México!

BIBLIOGRAFIA

ALAMÁN, LUCAS, *Documentos Diversos* (inéditos y muy raros), compilación de Rafael Aguayo Spencer. Editorial Jus, Méx. 1946.

ALLAN NEVINS AND HENRY STEEL COMMAGER, *The pocket History of the United States.* New York, 1943.

GIMÉNEZ, MANUEL MARÍA, *Expedición a Sonora del coronel don Manuel María Giménez y el conde Gastón Raousset de Boulbon, por cuenta de la Compañía Restauradora del Mineral de la Arizona, y sus funestos resultados.* Escrito por. . . en el año de 1862, Méx. 1905.

LACHAPELLE, A. DE, *Le comte de Raousset-Boulbon et l'expédition de la Sonore.* Correspondance, souvenirs et oeuvres inédites. París. 1859.

SOULIÉ, MAURICE, *La grande aventure. L'épopée du comte de Raousset Boulbon au Mexique.* París, 1926.

WILLYS, RAFUS KAY, *The French in Sonora (1850-1854). The story of French adventurers from California into Mexico.* Berkeley, Cal., 1932.

ZAMACOIS, NICETO, *Historia de México,* t. 13.

Indice

Acabóse de imprimir el día 30 de julio de 1957, en los Talleres de la Editorial Jus, S. A., Plaza de Abasolo 14, Col. Guerrero, México 3, D. F.
El tiro fue de 3,000 ejemplares.